EL SACRIFICIO DE
ALCESTIS



GREDOS

EL SACRIFICIO DE ALCESTIS



MITOLOGÍA GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8891-2
Depósito legal: B 9218-2017

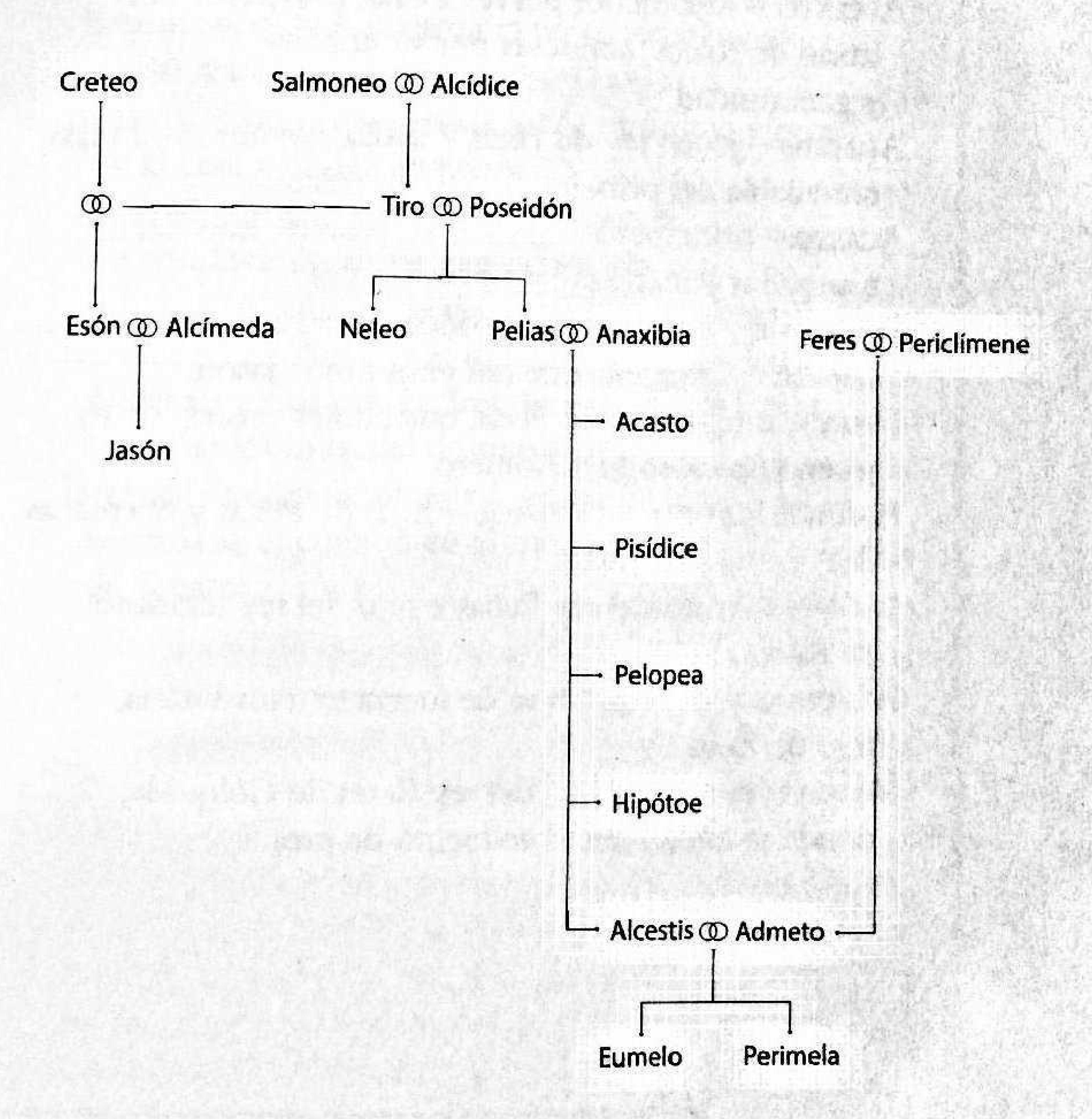
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Hasta los hijos de los dioses perecen y se diluyen
en la sombra. Querida fue cuando estaba entre
nosotros, querida será también estando muerta.
Unciste a tu lecho a la más noble de las esposas.*

Alcestis, Eurípides

Genealogía de Alcestis



DRAMATIS PERSONAE

Los mortales

ALCESTIS – hija menor del rey Pelias, usurpador del trono de Yolcos, conocida por su nobleza y generosidad.
ADMETO – joven rey de Feras y audaz aventurero, amigo entrañable del príncipe Acasto de Yolcos.
ACASTO – príncipe de Yolcos y aventurero, hijo del rey usurpador Pelias.
PELIAS – rey de Yolcos, usurpador del trono de su medio hermano Esón, el padre del gran héroe Jasón.
FERES – antiguo rey de Feras, que abdica pronto en su joven y valeroso hijo Admeto.
PISÍDICE, PELOPEA E HIPÓTOE – hijas de Pelias y hermanas de Alcestis y Acasto.
JASÓN – sobrino del rey Pelias e hijo del rey legítimo de Yolcos, Esón.
HÉRCULES – célebre héroe de fuerza extraordinaria, hijo de Zeus.
MEDEA – hechicera hija del rey Eetes de Cólquide, donde se encuentra el vellocino de oro.

Los inmortales

APOLO – dios del equilibrio y de la música, amigo y protector de Admeto, a cuyo servicio trabajó como castigo durante un año.
ÁRTEMIS – hermana gemela de Apolo, diosa virgen de la caza y de la naturaleza.
TÁNATOS – potencia ancestral encargada de conducir las almas que deben viajar al inframundo por causa de muerte sin violencia.
MOIRAS – nombre por el que se conoce a Cloto, Láquesis y Átropos, las tres divinidades que tejen y cortan los hilos del destino.
HIPNOS – potencia ancestral del sueño cuya morada se encuentra en el inframundo, hermano de Tánatos.

1

Los hilos del destino

Un inusitado resplandor rompía la oscuridad de la noche en el gran valle. En el centro de la llanura brillaba, como una gran hoguera, la ciudad etolia de Calidón. Desde ella se extendía un estrepitoso bullicio que revelaba la alegre euforia que se había apoderado de la ciudad tras el regreso victorioso de la expedición de los héroes venidos de toda la Hélade para dar caza a la monstruosa bestia que asolaba la ciudad. Eneo, su rey, había olvidado en sus ofrendas a la diosa Ártemis, señora de las fieras y la caza. Como consecuencia, un gigantesco jabalí se había encarnizado con las vidas de los habitantes del reino y arruinado sus cosechas. Conjurada la maldición, gritos de júbilo y frenéticos ruidos de carreras reptaban por las calles y, superadas las murallas, se enfilaban hacia los trigales devastados para después trepar como un lejano rumor por las laderas cubiertas de vides que ahora aparecían arrancadas y pisoteadas, como si por allí hubiera pasado un ejército invasor.

En las calles, la noche se había convertido en día a la luz de las crepitantes antorchas y hogueras que presidían los sacrificios a Ártemis. Una muchedumbre se agolpaba en la gran plaza central, donde se hallaba el altar principal, rodeado por un gran círculo de leños todavía verdes donde los animales preferidos por la diosa, jabalíes, aves y ciervos, caían uno tras otro bajo las hachas y los cuchillos de los sacerdotes de su templo.

Las gentes, dispersas por las plazas y en las puertas de sus casas, recibían con gritos de alegría a los campesinos y viajeros que iban llegando de los alrededores atraídos por la buena noticia. Les ofrecían vino y manjares, y los invitaban a bailar con ellos al son de todo tipo de instrumentos. Muchos, embriagados por el excelente vino que las vides etolias producían, yacían tumbados sobre bancos y losas.

Mientras, los edificios de la ciudad aparecían cubiertos por un espeso manto de humo que devolvía, como un espejo, los rojizos reflejos de las llamas donde se asaban las carnes de los animales sacrificados.

◇◇◇

Los ecos de la celebración se repetían también en las grandes estancias del palacio del rey, repletas de guerreros e invitados. Ahora, en el centro del mégaron, la gran piel de la fiera manchaba con regueros de sangre púrpura las grandes losas del suelo. A su alrededor, tres combatientes agitaban eufóricos sus copas.

Eneo brindaba con dos de los héroes que habían acudido en su ayuda: Admeto, el joven rey de Feras, y Acasto, hijo del rey Pelias de Yolcos. Espadas, lanzas, escudos y venablos,

teñidos con la sangre de la bestia, rodeaban la enorme piel de erizadas cerdas duras como espinas y tan grande como las de dos toros cosidas la una con la otra.

—¡Brindemos sobre el cadáver del monstruo! —gritó Admeto, pisando con fuerza la enorme cabeza, de la que sobresalían unos ensangrentados colmillos afilados como dagas.

La terrible testuz parecía mirarlos todavía amenazadora. No la habían limpiado como señal de respeto, pues la sangre que la teñía era la de los héroes, eviscerados por sus embestidas, que había enviado al inframundo.

—¡Por los compañeros caídos! —respondieron a coro los asistentes, alzando sus copas.

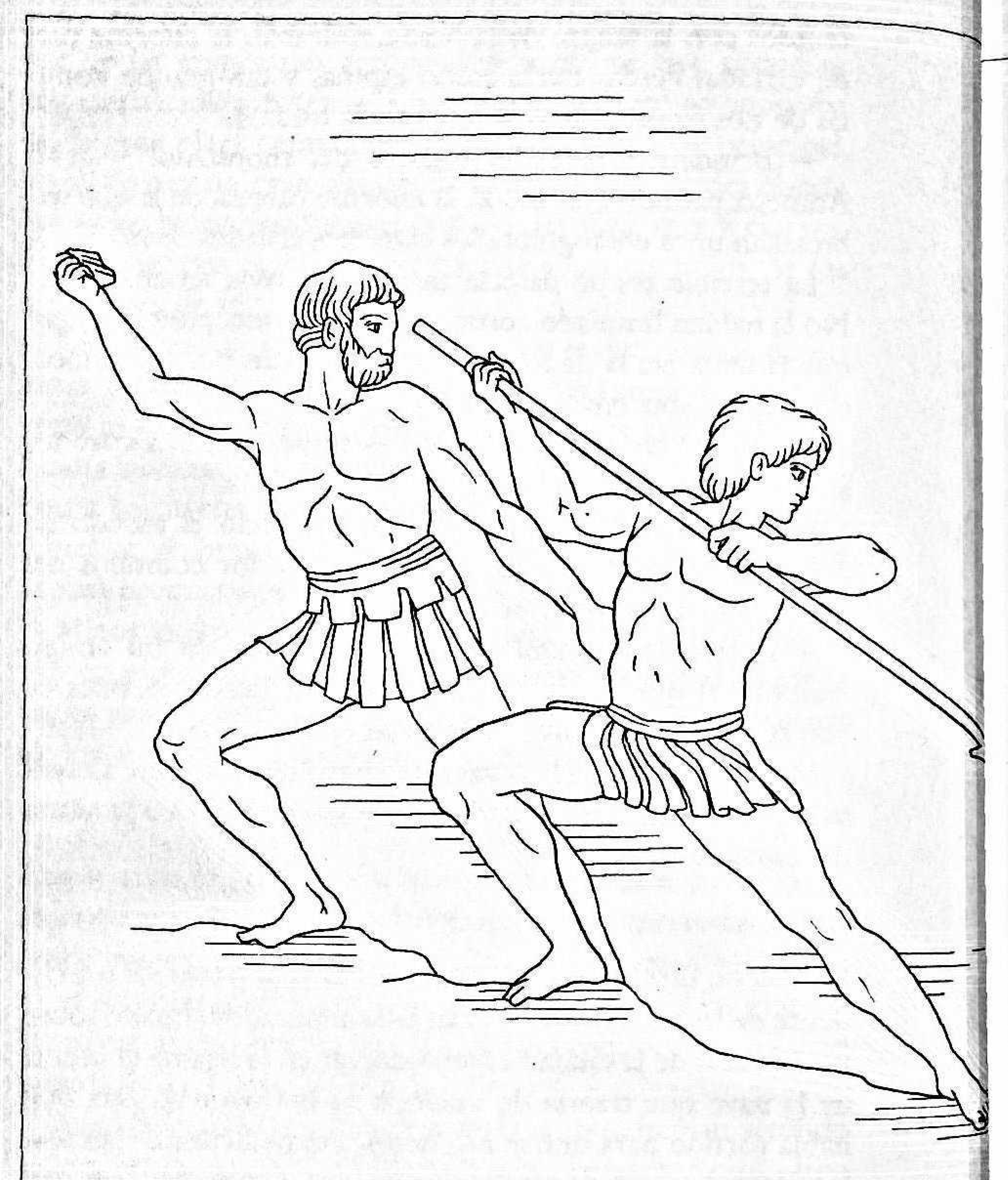
Por su parte, Acasto, recogiendo del suelo el escudo de Admeto, hendido por las acometidas de los colmillos del jabalí, lo levantó para que todos lo vieran.

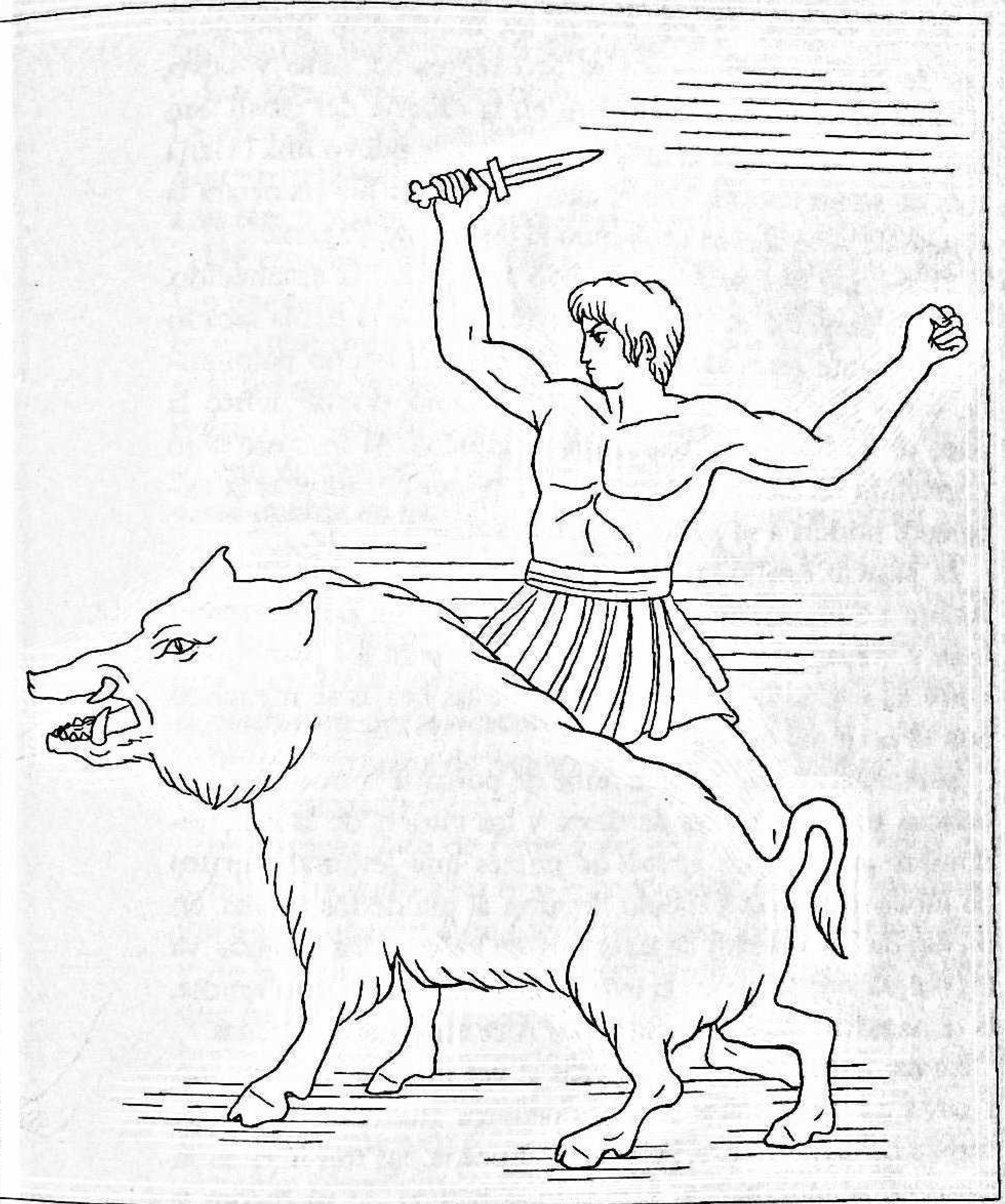
—Y brindemos también por la valentía de mi amigo Admeto, al que desde ahora declaro mi hermano, pues él, con su escudo, me salvó del mortal embate —dijo.

Mientras, señalaba la coraza de cuero de su amigo, atravesada por un gran corte cubierto de sangre reseca a la altura del corazón.

◇◇◇

En Yolcos, un día tras otro, Alcestis, la más hermosa y prudente de las hijas del rey Pelias, salía al mirador situado sobre las murallas de la ciudad esperando ver en la lejanía la silueta de la nave que traería de vuelta a su hermano Acasto, que había partido para unirse a la heroica expedición a Calidón. Sus límpidos ojos escrutaban impacientes el desfiladero que desembocaba en el gran valle que moría en las aguas del





Acasto recordaba el momento en que Admeto lo había salvado del mortal embate.

golfo de Págasas. Según decían los mensajeros procedentes de Etolia, su hermano Acasto regresaba, sano y salvo, después de participar con éxito en la cacería del jabalí. Sin embargo, cada noche la luna recuperaba de nuevo una brizna más de su luminosidad en el cielo sin que su luz recortara la silueta de nave alguna arribando al puerto de Págasas.

Hasta que una mañana, cuando apenas había amanecido, Alcestis despertó de su ligero sueño, del que la había sacado un incesante graznido de gaviotas. Con el pecho palpitante, subió corriendo a la azotea de palacio, donde avistó la nave de su hermano Acasto que regresaba. Al instante bajó corriendo las escaleras, exultante de poder comunicar la excelente noticia a su padre y sus hermanas.

El palacio estalló en preparativos para recibir al príncipe Acasto y a los guerreros que lo acompañaban. Los sirvientes iban y venían preparando los aposentos para los principales entre ellos y en las cocinas el olor de las brasas se mezclaba con el perfume del romero.

Súbitamente, una ruidosa nube de polvo se introdujo en el palacio. Entre las motas de tierra y los vítores de la muchedumbre apareció un grupo de jinetes que levantaba gritos de júbilo a su paso. Cuando llegaron al pie de los muros, en medio de los destellos de las armas, de los escudos y lanzas, ya los esperaban, de pie en la escalinata, el rey Pelias y su esposa, la reina Anaxibia, flanqueados por Alcestis y sus hermanas.

La emoción que sentía Alcestis al ver llegar a su hermano a salvo tras enfrentarse a tantos peligros aumentaba su proverbial belleza. Pisídice, Pelopea e Hipótoe, sus tres hermanas mayores, aunque habían heredado la belleza de su madre y su talle ligero, no igualaban su hermosura, pues en su rostro

se traslucía una especie de sombra de melancolía, como si la fatalidad las hubiese marcado con un destino trágico.

Los dos jinetes que encabezaban el grupo descabalgaron. La vista de Acasto tras las largas noches de ansiedad hizo que Alcestis venciera su timidez, se olvidara del protocolo debido a su rango y corriera a abrazar el cuello de su hermano.

De repente, la muchacha sintió unos ojos clavados en ella. Un joven la miraba dulcemente, conmovido por el amor fraternal que dispensaba a Acasto. Al percibir sobre ella la mirada del guerrero, que la hizo sentirse azorada e incómoda al mismo tiempo, Alcestis relajó suavemente los brazos y regresó con discreción a su puesto entre sus hermanas. Acasto, sin darse cuenta de nada de lo ocurrido, se dirigió a abrazar a sus padres antes de presentarles al hombre que lo acompañaba.

Mientras Acasto realizaba sus saludos, el joven, cubierto con una suave coraza de cuero que destacaba la complexión que la caza y la guerra habían dado a su cuerpo, aprovechaba la confusión del momento para observar más de cerca a la bellísima hermana de Acasto, que decía unas palabras en voz queda a su padre.

—Admeto, hijo de Feres y rey de Feras —dijo Pelias tras haber escuchado a su hijo—, cuando la furia de los dioses iba a arrebatarme a mi único heredero, tú no solo le devolviste la vida, sino que te convertiste en su hermano. Puesto que Acasto es mi hijo, esta es desde ahora tu casa, y lo celebraremos con un banquete en tu honor.

Admeto, emocionado por aquellas palabras, correspondió elegantemente a su elogio.

—Me considero recompensado con la amistad de tu hijo Acasto, al que considero desde ahora mi hermano de sangre,

y jamás habría osado soñar con el honor de formar parte de la casa de Pelias —respondió Admeto, lanzando una tímida mirada a Alcestis, de la que solo esta y el rey se percataron.

El discurso de Admeto había permitido a la joven observarlo con total impunidad. Reconoció en sus rasgos viriles la sombra del adolescente de antaño, pues sus ciudades eran vecinas y los príncipes se conocían desde niños, pero la guerra y las responsabilidades reales habían dotado su mirada de una cálida madurez de la que el resto de los guerreros de su edad carecían. Además, el coraje demostrado al salvar a su hermano le revelaba su valor y la importancia que le daba al honor y la amistad.

La escrutadora mirada del rey, en cambio, transmitía otro mensaje. Alcestis era la más hermosa de sus hijas y, además, era celebrada en toda la Hélade por su discreción y prudencia. Debido a sus cualidades, cada poco tiempo llegaba a palacio algún príncipe pretendiendo su mano, pero Pelias tenía otros planes para el matrimonio de su hija. La custodiaba como un tesoro del que pensaba extraer el máximo rendimiento. Y Admeto era rey, pero rey solo de la pequeña ciudad vecina de Feras: un candidato menor, indigno de su hija. Mientras el monarca estaba sumido en estas cavilaciones, el resto de sus hijas, entre murmullos, comentaban la apuesta apariencia del rey de Feras.

—Además de un valeroso guerrero —susurró Pisídice, la mayor de las cuatro—, es el más apuesto de los príncipes que han pisado este palacio.

Todas sus hermanas estuvieron de acuerdo con ella excepto Alcestis, que las instaba a dejar sus comentarios para cuando se hubieran retirado al gineceo. Aunque no pudo

dejar de reconocer ante sí misma que a su hermana mayor no le faltaba razón, a sus ojos el mérito más relevante del extranjero había sido devolverle a Acasto con vida, y se decía que era afortunada de poder agradecerle al rey de Feras que hubiera salvado a su hermano de una muerte terrible.

◇◇◇

El banquete de homenaje a Admeto estaba en su apogeo. Pelias, flanqueado por Acasto y Admeto, contemplaba la escena desde su asiento: el gran mégaron repleto de invitados de toda Tesalia, enfrascados en animadas conversaciones acerca de la gran aventura vivida en Calidón. En la sala adyacente, las mujeres de palacio también observaban a los invitados. Acasto, acercándose a hablar con sus hermanas, interrumpió su divertimento.

—¿A qué vienen todas estas miradas inquisitivas, hermanas mías? —comentó, jocoso—. ¿Habéis beneficiado a algún afortunado guerrero con vuestra atención?

Sus hermanas sonrieron divertidas.

—Nosotras nos conformaremos con la que escoja nuestro padre —dijo Pisídice—. Pero Alcestis parece valorar más la lealtad de tu salvador que la fortuna del resto de sus pretendientes.

Alcestis protestó, contrariada:

—No comparto vuestra predilección por Admeto, pero él ha salvado a nuestro hermano, por lo que debemos estarle siempre agradecidas. Cuéntame, hermano —dijo volviéndose hacia Acasto—, ¿cómo te salvó la vida?

—¿Y por qué no se lo preguntas tú misma, Alcestis? —respondió Acasto enseguida—. Estará encantado de poder presumir de su valentía ante una mujer como tú.

Sus hermanas rieron mientras Alcestis se ruborizaba intensamente. Acasto también sonrió para sus adentros. Este nuevo giro del destino confirmaría ante los dioses su hermandad con Admeto, al que no podría desearle mejor esposa que la prudente Alcestis. Con ese pensamiento, regresó al mégaron. Al sentarse de nuevo en el banquete, Admeto le preguntó qué le había entretenido tanto tiempo lejos de la sala del festejo. Acasto, indolentemente, le contó que había estado en la sala adyacente, donde sus hermanas habían querido saber todos los detalles de las aventuras de Calidón.

—Tras la narración de la muerte de la bestia, Alcestis quería que le contase cómo me libraste de los colmillos de la muerte —dijo como si se excusara—. Conseguí eludir su petición y reunirme de nuevo con vosotros, pero para ello tuve que prometerle que tú mismo se lo contarías.

Admeto recibió con júbilo esta noticia, que le permitía tener un motivo para acercarse a la princesa. Pero, a diferencia de lo que Acasto había esperado de su carácter decidido, en lugar de marchar en su busca, el rey de Feras, visiblemente agitado, hizo señas a uno de los sirvientes para que le escanciase más vino. El coraje demostrado en el fragor de la batalla, se dijo entonces el príncipe de Yolcos, poco tenía que ver con el valor que se necesita para vencer otros temores.

Esa misma noche, cuando la fiesta ya languidecía y la mayor parte de los invitados se retiraban hacia sus aposentos o se aprestaban a ensillar sus caballos y preparar sus carruajes para regresar a sus hogares, Acasto pudo contemplar a hurtadillas desde las columnas del pórtico una escena que lo llenó de satisfacción. Más abajo, en una de las terrazas de los jardines, dos figuras conversaban, muy cerca la una de la otra: por fin

Admeto había superado el pánico que se apoderaba de él cada vez que veía a Alcestis y había osado dirigirle la palabra. La hermosa princesa, ajena a la desazón que provocaba, escuchaba con los ojos muy abiertos, hechizada, el relato de las proezas de Calidón.

◇◇◇

Una línea de altas siluetas rodeaba los escarpados riscos que enmarcaban las verdes aguas de la cala. Eran soldados, los más valientes y leales de Yolcos, unos hombres que por su arrojo en los combates y su inquebrantable lealtad se habían ganado la confianza del rey, que les había confiado la custodia de su más preciado bien: sus hijas. Gracias a ellas, y a sus más que convenientes matrimonios, pensaba ampliar los límites de su pequeño reino. Sobre la arena, indiferentes a la presencia de la patrulla, las jóvenes jugaban mientras esperaban que las sirvientas acabaran de preparar los manjares. El sol brillaba con fuerza, atravesando las ligeras gasas que cubrían sus cuerpos.

De pronto, uno de los soldados comenzó a agitar su lanza y su escudo, mientras lanzaba un potente silbido. En el acto, las otras figuras enfiladas en los riscos se tensaron para mirar hacia el camino de tierra donde, a lo lejos, se había levantado una nube de polvo en medio de la canícula, de la que emergieron las siluetas de dos hombres a caballo. Al verlos, los soldados se deslizaron velozmente por las rocas y formaron un amenazador semicírculo allí donde el sendero empezaba a trepar hacia la muralla rocosa que guardaba la cala.

Los caballos se detuvieron y los dos jinetes se vieron rodeados en un instante por un enjambre de lanzas que apuntaban

directamente a sus pechos. Súbitamente, las amenazadoras y afiladas puntas bajaron hasta el suelo, y los soldados hincaron una rodilla en tierra e inclinaron la cabeza para saludar al príncipe Acasto y al rey de Feras, que no había encontrado aún el momento de regresar a su ciudad, pues la marcha lo habría alejado de los encantos de la princesa Alcestis.

Sin embargo, sin que Admeto lo supiera, los hados estaban de parte del joven rey. Acasto había pensado en repetidas ocasiones en la conversación que tuviera con sus hermanas en el último banquete, y había resuelto alentar él mismo esa unión, propiciando encuentros alejados de su padre. Tras dejar atrás a los soldados, que retomaron sus puestos de vigilancia, Acasto se dirigió, sin que su despreocupado compañero lo supiera, al recóndito lugar donde solían divertirse sus hermanas.

Pisídice y Pelopea recogían conchas marinas que Hipótoe iba engarzando con finos hilos para convertirlas en bonitos collares. Alcestis se alejó del grupo para sentarse en la orilla con los pies en el agua, de espaldas a sus hermanas, con expresión ausente. En sus oídos resonaban todavía los ecos de la narración de Admeto. Cuando evocaba la figura del joven rey agitando los brazos para contarle cómo había esquivado la embestida de la fiera, sentía que el calor acudía a sus mejillas y notaba que la sangre corría con más fuerza por sus venas.

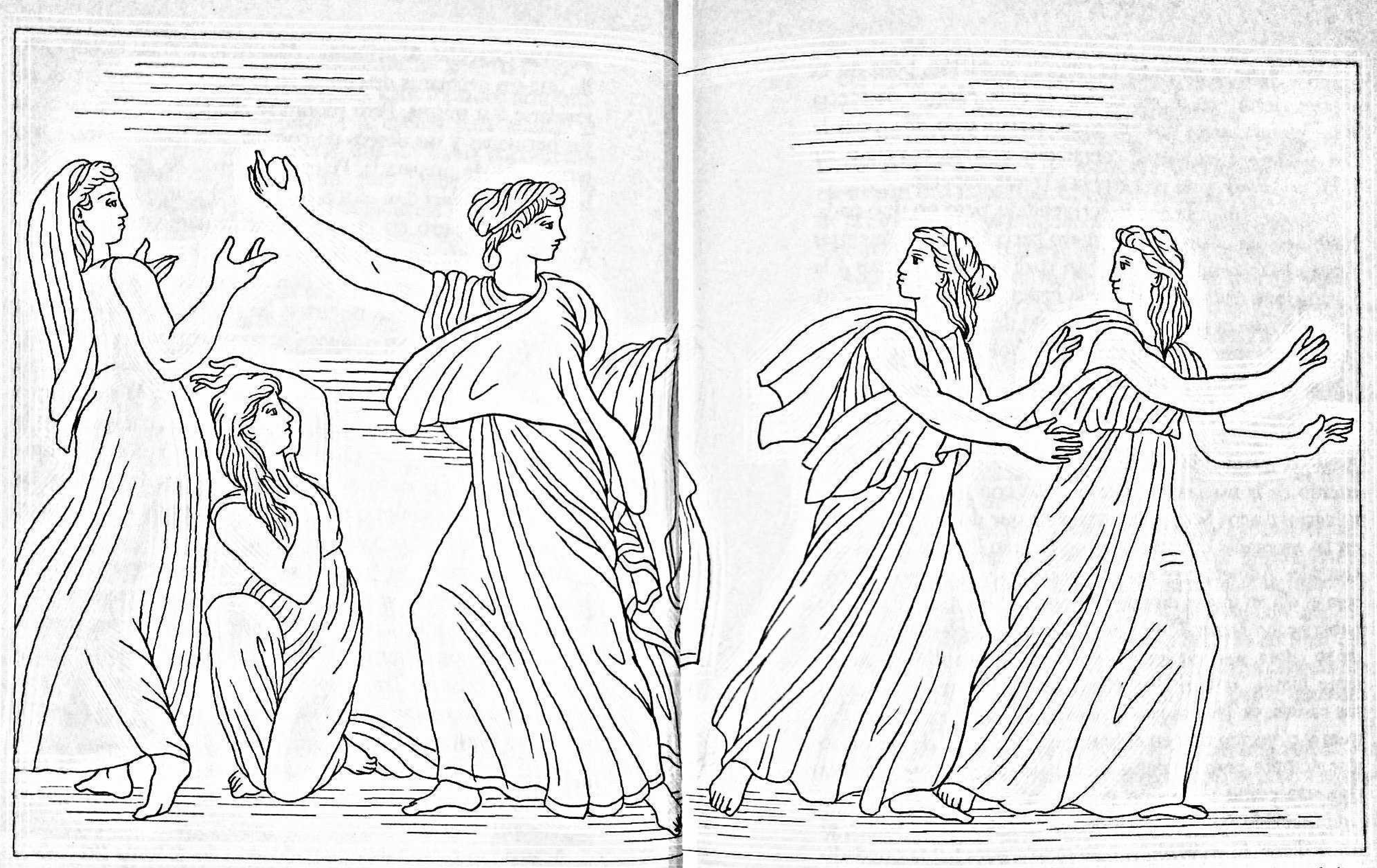
De repente, sus hermanas repararon en la melancolía que la embargaba y, tratando de animarla, corrieron descalzas por la playa hasta ella, dejando una estela de ligeras huellas a su paso. Cuando llegaron hasta su reticente hermana, Hipótoe y Pelopea la engalanaron con las joyas marinas que habían confeccionado, mientras Pisídice encastraba en su tocado diminutas caracolas. Al principio, Alcestis se dejó hacer, temerosa de que sus hermanas descubrieran el secreto que apenas osaba revelarse a sí misma. Pero pronto se abandonó a la alegría de sus hermanas y sus deseos de complacerla. Cuando hubieron terminado de prepararla, Pelopea la tomó de los brazos y la instó a que bailara con ellas a la orilla del mar.

Alcestis se puso en pie y se unió lentamente a la danza. Admeto, petrificado tras la roca, la contempló hipnotizado. Observándola cantar y bailar con sus hermanas a la orilla del mar de color turquesa, mientras las mansas olas acariciaban sus pies, Admeto tuvo una visión: en su armónico rostro coronado de caracolas y nácar, en su sinuoso y cálido cuerpo, envuelto solo en una ligera gasa, creyó ver a la mismísima diosa del amor y la belleza, la divina Afrodita, naciendo de la blanca espuma del mar. Quería que aquella visión lo acompañara durante el resto de su vida, hasta que las moiras, las divinidades ancestrales que tejían el destino de los mortales, cortasen el hilo de su vida.

Acasto, leyendo su pensamiento en la expresión embelesada de su rostro, se sintió satisfecho. Su estratagema había dado resultado. Con un ligero golpe de bridas, instó a su caballo a continuar el camino para que Admeto se viera obligado a seguirlo. Tras recorrer un largo trecho en silencio, respetando las meditaciones de su amigo, reveló sus planes a su nuevo hermano.

—Pero tu padre tiene otros proyectos, quiere casarla con un rey poderoso —arguyó Admeto, aún estupefacto por la revelación de su amigo.

Acasto también había pensado en ello, y tenía preparada su respuesta.



Admeto creyó ver en el sinuoso y cálido cuerpo de Alcestis a la mismísma Afrodita.

—Es cierto, a mi padre lo ciega la ambición, pero no es menos cierto que tú me salvaste la vida. Alcestis desprecia a los pretendientes que mi padre escoge para ella, pues la tratan como si estuviesen comprando una mujer para parir hijos poderosos y no una esposa a la que respetar.

Admeto miró a su amigo sorprendido, pero no dijo nada. Poco después cabalgaban de nuevo hacia la ciudad, mientras Acasto hablaba sin parar sobre las cualidades de Alcestis y la fortuna que tendría aquel que la hiciera su esposa. Admeto, ensimismado en sus pensamientos, no dejaba de darle vueltas a la proposición del príncipe de Yolcos. ¿Sería posible que él fuera aquel hombre afortunado?

◇◇◇

Admeto, intentando calmar el dolor que le producía el recuerdo de la inaccesible Alcestis, salía con frecuencia a dar solitarios paseos. Sentado en una peña que dominaba el valle, en las montañas que circundaban la gran llanura de las dos ciudades, Admeto recordó con nostalgia y un poso de tristeza el día en que el dios de la música, el hermoso Apolo, lo había hecho llamar. Ahora, en lugar del embelesador sonido de su cítara, solo oía los silbidos de la brisa sobre la ondulante hierba. También las musas habían desaparecido, con sus cantos, de los bosques aledaños. El entorno, con la llanura y el vecino mar en el horizonte, era igual de hermoso que siempre, pero le faltaba aquel halo mágico que lo había cubierto como un manto durante el año en que el dios había servido como boyero de los ganados de su padre, el rey de Feras. El recuerdo se hizo nítido, pues había quedado grabado profundamente en su memoria.

De repente, mientras subía ágilmente por el empinado sendero, el amarillo de los campos agostados fue dejando paso al verde intenso de la fresca hierba de los prados de montaña. Desde la lejanía llegó a sus oídos el tañido de una lira mezclado con una misteriosa y dulce melodía que parecía surgir de la espesura de los bosques que rodeaban el gran claro entre agrestes peñas: era su amigo Apolo, no cabía duda.

Admeto, absorto en sus pensamientos, se detuvo a esperarlo y se dio la vuelta para mirar de nuevo hacia la llanura. Ante sus ojos se desplegaba el paisaje de su patria: la ciudad de Feras, amurallada, con sus estrechas callejuelas, las plazas de los mercados y, dominándolo todo, el palacio de su padre, el anciano rey Feres, de quien había heredado el trono. Más allá, en las proximidades del azul profundo del Egeo, se divisaban dibujadas en el horizonte las altas torres de la ciudad hermana de Yolcos.

La mirada se le nubló con una extraña melancolía: allí, en Yolcos, moraba el objeto de todos sus pensamientos, una imagen que, desde hacía meses, desde que regresara de Calidón, ocupaba sus sueños y su imaginación con una autoridad ingobernable: Alcestis, la más bella de las hijas del rey Pelias, la hermana de su amigo Acasto. Ahora sus ojos estaban fijos, clavados en la línea azul del mar que se extendía tras la silueta de Yolcos.

Cuando Apolo se presentó ante él se abrazaron con afecto, pues a lo largo del año que el dios había sido boyero en Feras, castigado por el soberano Zeus a causa de su desobediencia, se habían hecho muy amigos. Tras la efusividad del reencuentro, se sentaron en un gran tronco que yacía sobre la fresca hierba.

—¿Qué es lo que turba tu corazón, amigo mío? —le preguntó el dios boyero, que había advertido enseguida la tristeza en el rostro de Admeto—. Tan pronto tu mirada se pierde en la lejanía del mar como se posa en las torres de Yolcos.

Admeto sabía que no podía esconder nada al dios.

—La pasión por Alcestis me atormenta, Apolo —murmuró Admeto—, pero el rey Pelias, su padre, a pesar de que salvé la vida de su hijo, no me considera un pretendiente digno de ella. Quiere desposarla con un rey más poderoso que yo, que solo gobierno una pequeña ciudad y dispongo únicamente de un pequeño ejército.

Apolo comprendió entonces el tipo de dolor que afligía al hermoso joven, y no quiso permitir que la melancolía siguiera turbando su espíritu.

—No debes preocuparte, amigo mío, cuando llegue el momento acudiré en tu ayuda —dijo el dios.

Admeto quedó pensativo, pues se daba cuenta del gran don con que lo había obsequiado el destino al poner al más bello de los dioses del Olimpo a su servicio.



2

LA AMISTAD DEL DIOS

En el mercado, los primeros frutos lucían sus colores en medio de la barahúnda de los más madrugadores, cuando, de pronto, un jinete atravesó la plaza a galope tendido en dirección al palacio. Era un mensajero que, tras descabalgar al pie de la escalinata, subió a grandes zancadas hasta el pórtico del palacio.

Acasto fue a su encuentro y, provisto con la misiva, entró en el mégaron, donde se encontraban sus padres y sus hermanas. Al comenzar a leer, una sonrisa le iluminó el rostro.

—Admeto, rey de Feras, anuncia su visita al rey Pelias, para discutir un asunto de máximo interés para nuestras ciudades.

Al terminar de leer, levantó la mirada, para ver cuál era la reacción de los interesados ante la noticia.

El semblante de Pelias se ensombreció, pues su carácter desconfiado le hacía sospechar ante cualquier situación imprevista. Alcestis bajó la cabeza inmediatamente al tiempo que sus

mejillas se teñían de escarlata, mientras Acasto se regocijaba para sus adentros al ver la reacción de su hermana.

Poco después llegó Admeto en compañía de unos cuantos sirvientes y soldados, y fue a presentar inmediatamente sus respetos a Pelias, quien sabía disfrazar la desconfianza con la máscara de la diplomacia, lo que le permitía no intimar en demasía con su huésped, aunque su relación fuera siempre cordial. Pelias se había rodeado de sus más altos dignatarios para recibirlo, pero había ordenado que sus hijas permanecieran en el gineceo, y solo su regia esposa Anaxibia lo acompañaba para recibir al rey de la ciudad vecina, pues, aunque le había dicho a Acasto que permaneciera a su lado, su vástago había dejado el mégaron murmurando algún pretexto y aún no había regresado cuando su invitado hizo acto de presencia. Pelias dio orden de hacerlo pasar al mégaron.

A sus órdenes se abrieron las grandes puertas, sin embargo, para sorpresa de todos, fue el príncipe yolco quien apareció. Avanzó hasta Pelias y, en tono solemne, dijo:

—Acudo a ti, rey y padre mío, como emisario del pretendiente de mi hermana.

Pelias, con un esfuerzo casi divino, contuvo la ira que lo invadía en aquel momento. Entonces Admeto, revestido con su antigua coraza y con todas sus armas reales, entró en la sala. Un murmullo de asombro recorrió el mégaron. Pelias, por su parte, torció el gesto un segundo para después componer un semblante impasible que no dejaba traslucir su contrariedad al ver que todos sus temores se habían confirmado. Admeto levantó el brazo derecho para pedir silencio.

—Gran rey de Yolcos, como igual tuyo que soy, una entrañable amistad me une a tu hijo y heredero, y ya solo por

ello, me congratula unir mi brazo al suyo en mil denodados esfuerzos y buscar la gloria junto a él. Pondría mi espada a su servicio, y también mi escudo, sin pedir nada a cambio. Sin embargo, atendiendo a que tú mismo has reconocido que me debes su vida, vengo hoy a pedirte un don equivalente: que seas tú ahora quien dé vida a mi persona. Vengo a pedirte que me concedas la mano de tu hija, la princesa Alcestis.

—Es grande el honor que haces a mi casa con tu propuesta, rey Admeto, pero Alcestis es la más querida de mis hijas y tengo la obligación de estar seguro de que en casa de su esposo se encontrará como en la de su padre, y de que su marido es digno de ella.

Admeto no esperaba otra respuesta, y se retiró satisfecho a sus aposentos. Acasto, sin embargo, creyó leer más allá en las palabras de su padre. Sospechaba en qué consistía para él la dignidad de la que hablaba, y temía por la vida de su amigo.

◇◇

Avanzada la noche, Admeto oyó unos tenues golpes en la puerta de sus aposentos. Intrigado, se acercó y la entreabrió ligeramente, lo suficiente para inspeccionar el exterior. Entonces, la puerta se abrió de golpe, empujada con fuerza desde fuera y una aterrorizada Alcestis se coló en la estancia y la cerró de nuevo rápidamente. Fuera quedaron, montando guardia, las dos ancianas sirvientas que la habían acompañado y que se disponían a distraer a los guardias para que no advirtieran su presencia. Admeto estaba atónito: esa misma mañana, había intentado cruzar la mirada con la bella Alcestis para confirmar que la princesa ansiaba tanto como él su reencuentro, pero Alcestis había esquivado

sus ojos y había evitado estar a una corta distancia de su pretendiente en todo momento, dejándolo inmerso en un mar de dudas. Y ahora estaba ante él, sola y escondiéndose de los guardias...

—Alcestis, ¿qué haces, en medio de la noche, en los aposentos del hombre que ha pedido tu mano esta mañana?

La joven princesa, acercándose mucho, le dijo en voz baja y temblorosa:

—¡No entiendes nada! Me casaría contigo sin dudarlo un instante, pero no confío en la bondad de mi padre. Incluso si te concede mi mano, existe una ley en Yolcos que permite al rey obligar a los pretendientes de su hija a pasar una prueba de valor antes de casarse con ella. Todos los que han intentado superarla han perecido o han quedado condenados a una vida de penalidades.

El rostro de Admeto se iluminó. Solo había oído las primeras palabras de Alcestis: «Me casaría contigo sin dudarlo un instante». El resto —la prueba, la muerte, la vida de penalidades— pasó a través de sus oídos como una ráfaga de viento que se pierde en la lejanía para no regresar jamás.

—No tengo miedo a las fieras ni a los hombres, y solo a los dioses temo —le dijo—. Si tu padre me concede tu mano, yo sabré luchar por ella.

Entonces, Alcestis, que seguía tratando de convencerlo para que desistiera, apoyó una turbadora y cálida mano en su pecho. Ese gesto infundió en Admeto el coraje necesario. Tomó delicadamente el níveo rostro de Alcestis entre sus manos y selló sus labios con un delicado beso.

La princesa, confundida, sintió la sangre arremolinarse por su cuerpo y un dulce calor arrobó sus mejillas. Entonces,

avergonzada, se precipitó hacia la puerta sin decir una palabra y, acompañada por sus sirvientas hasta sus aposentos, se metió en su lecho con el pulso acelerado.

◦◦◦

Una extraña tensión reinaba en la sala donde se habían reunido Pelias con Acasto y Alcestis. La hermosa hija del rey parecía la más turbada. Su mente evocaba la intensísima y cálida sensación de los labios de Admeto sobre los suyos, aunque pronto el ambiente enrarecido la arrancó de sus dulces recuerdos. Su padre y su hermano discutían sobre la propuesta de matrimonio de Admeto, que a Acasto le parecía legítima y ante la que su padre no quería ceder. Alcestis, al verlos discutir en estos términos, no pudo evitar pensar en la infausta jornada, no mucho tiempo atrás, en que Jasón, sobrino de Pelias, apareció en Yolcos y, en medio del ágora, en presencia de la multitud, le reclamó a Pelias el reino que, según él, le había usurpado. Jasón exhibía sus derechos de sangre al trono, pues su abuelo Creteo, el padre de su padre, había sido el fundador de la ciudad de Yolcos. Este acogió a Pelias como a un hijo en el seno de su casa cuando su esposa, víctima del deseo de Poseidón, el señor de los mares, lo dio a luz. Sin embargo, argumentaba Jasón, eso no le concedía el derecho a sentarse en el solio que había usurpado a su padre y que ahora le reclamaba.

Pelias, por su parte, reaccionó con la frialdad de la profundidad de las aguas en las que su padre reinaba.

—Si es verdad lo que dices, si es cierto que los dioses están contigo, no tendrás ninguna dificultad en ir hasta la Cólquide y regresar luego con el vellocino de oro consa-

grado allí a Ares, el inmortal señor de la guerra. Cuando lo hagas, nadie dudará de tu palabra y yo pondré mi reino en tus manos.

Esta, recordó Alcestis, había sido la solemne promesa que salió de los labios de Pelias, una promesa formulada ante el altar sagrado y en presencia de su pueblo. Desde entonces, Jasón había hecho correr la noticia de la heroica empresa que iba a acometer enviando mensajeros por toda la Hélade. Y fueron muchos los que, atraídos por el ofrecimiento de gloria o el afán de aventuras, habían anunciado su participación. Incluso el gran Hércules, el famoso guerrero hijo de Zeus, el más poderoso de los dioses, se uniría a la expedición. Y a ellos se añadirían muchos de los héroes que partieron junto a Acasto a la cacería del jabalí de Calidón, en la que Jasón también participó. Algunos de ellos, los más impacientes, ya habían llegado a la ciudad para ofrecer su ayuda en la construcción de la nave en la que zarparían, adelantando así su partida. Entonces, Alcestis comprendió: si los héroes más importantes de la Hélade iban en aquella nave, Acasto y Admeto no podrían ser menos. Su honor les impediría abandonar a Jasón, pues, aunque fuera en detrimento de los derechos de sucesión de su hermano y las necesidades de Admeto, sabía que preferían la gloria inmortal que solo a los intrépidos guerreros estaba reservada al efímero trono de los reyes.

Esa misma noche, Alcestis se dirigió a los aposentos de su padre para poder hablar con él sin testigos. Pelias, sorprendido, la invitó a pasar a la balaustrada de su balcón, desde el que se divisaban los tranquilizadores jardines de palacio. Una vez instalados, la instó a que le revelara el motivo de su presencia.

—No albergues duda alguna del respeto que siento no solo por tu dignidad real, sino por tu sabiduría. Eres mi rey, pero, antes que eso, siento en mi corazón que eres mi padre —dijo Alcestis—, y vengo a decirte que la idea de enviar a Jasón a esta aventura imposible no nos traerá más que desgracias.

El rey torció el gesto en una hosca mueca. Su rostro era una máscara en la que se mezclaban la ira y la preocupación.

—Jasón es una amenaza para mí —exclamó—. Pero no solo para mí, sino para todos aquellos que llevan mi sangre.

Alcestis hizo caso omiso del temor que su padre trataba de infundirle, pues no podía mostrarse débil: la vida de su hermano y de Admeto dependían de ello.

—Pero, padre —protestó Alcestis—, ¿no te das cuenta de que al enviar a Jasón en busca del vellocino de oro arrastras también a tu propio hijo a una aventura que solo puede acabar con la muerte? Todos los héroes de Calidón se ofrecerán a acompañarlo. Y Acasto estará entre los primeros.

Pelias, sorprendido de que Alcestis hubiera llegado a la conclusión de que su propio hijo se volviería contra él, anunciando sus temores en voz alta, adoptó una actitud de falsa condescendencia con la joven.

—Acasto no osará embarcar, pues no puede desobedecer a su padre. —La miró maliciosamente—. ¿Es él quien te preocupa realmente?

Ante esta pregunta, Alcestis claudicó, pensando que el único camino que le quedaba era apelar a la predilección que su padre había mostrado alguna vez por ella.

—Cierto es que no solo sufro por el porvenir de mi querido hermano, sino también por el del hombre que con todas mis fuerzas desearía que me desposara —dijo arrodi-

llándose ante Pelias. Entonces hizo una pausa, respiró profundamente y, mientras miraba firmemente a los ojos del rey, añadió en tono suplicante—: Permíteme, por lo menos, que se convierta en mi prometido antes de su marcha, pues así le daré un motivo por el que regresar.

El rey se paseó inquieto, con expresión reconcentrada. Sabía que la prudente Alcestis no se equivocaba, pero no había esperado que su hija reuniese el valor necesario para formular su deseo. De espaldas a ella, contempló la feraz llanura que rodeaba la ciudad y, en la distancia, la silueta del puerto en el que embarcaba el grano de sus campos y que era la principal fuente de riqueza de su reino. Su mente hacía rápidos cálculos: si casaba a su hija con Admeto, la cantidad de trigo se doblaría, así como la riqueza de sus arcas. Además, los bosques de Feras eran ricos en madera y caza. Si los hados le eran favorables, se dijo, Jasón perecería en la mar y su hijo regresaría sano y salvo. Confiaba en la ayuda de Poseidón, su padre, a quien invocaría para que permitiera que la estirpe que había engendrado permaneciera en el trono. Al fin, tomó una decisión que al menos le permitiría ganar tiempo.

—Sea, pues —dijo entonces, con una mirada esquiva—. Podrás comprometerte y casarte con Admeto, siempre que supere la prueba.

Al oír Alcestis estas últimas palabras del rey, apareció en su rostro una mueca de terror. La joven se dio cuenta de la argucia de su padre, que ganaba la batalla a pesar de rendirse a sus deseos.

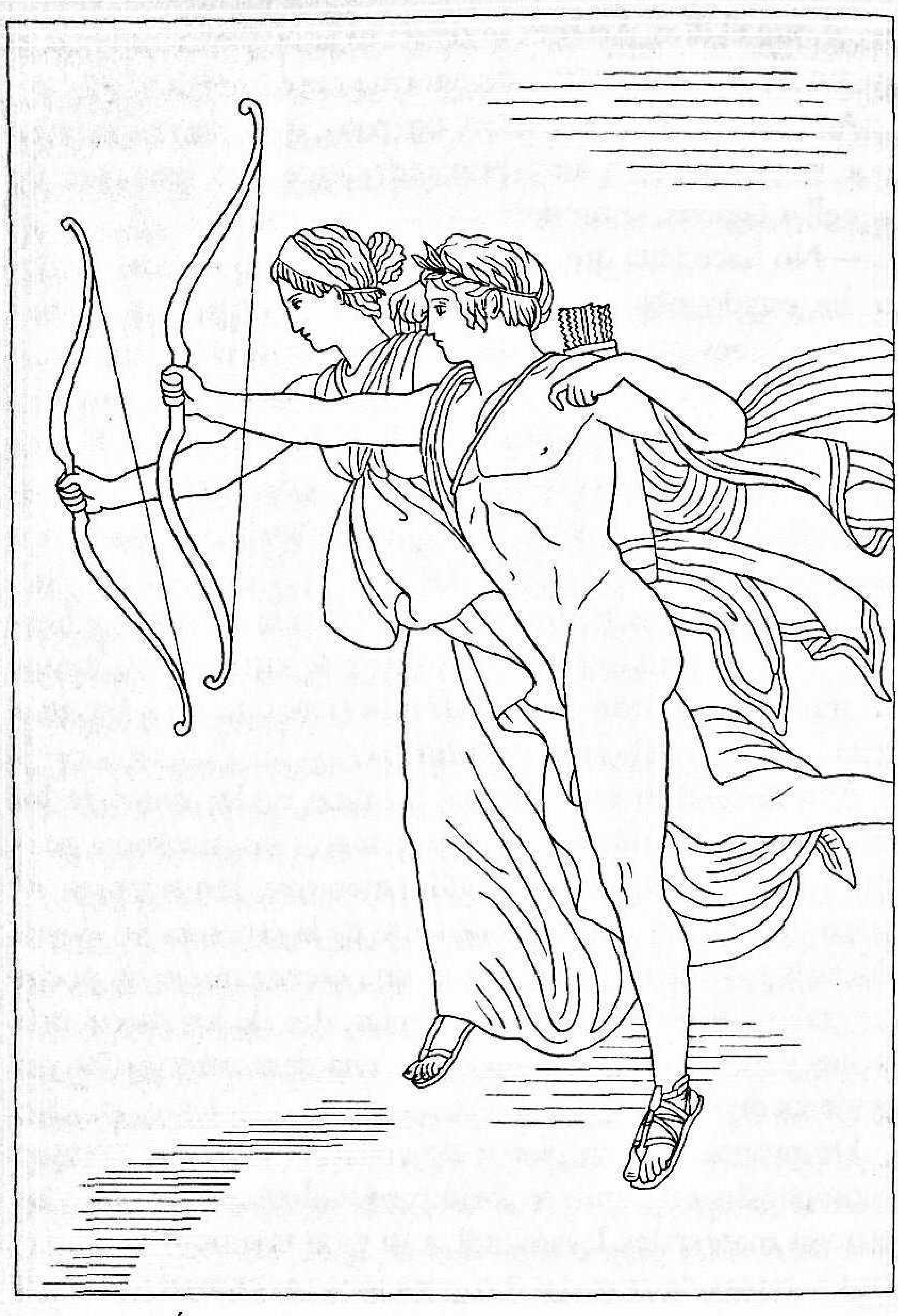
—Sé que mi obligación es mostrarte agradecimiento, padre —murmuró la princesa—, pero lo que le exiges a Admeto es otra condena a muerte. ¿Buscas la misma fatalidad para el usurpador de tu trono que para el guerrero cuyo valor salvó la perpetuación de tu linaje?

Tanto la hermosa Alcestis como su padre tenían muy presentes los trágicos resultados de esa prueba que solo los dioses podían superar: uncir a un carro de guerra un jabalí y un león y guiarlos como si de dóciles corceles se tratase. Muchos de los pretendientes de la admirada Alcestis lo habían intentado, y la mayoría de ellos habían pagado con su vida el error de confundir el heroísmo con la temeridad. Los escasísimos pretendientes que habían logrado capturar en los bosques a las dos fieras, a costa de numerosos heridos, habían sido atacados ellos mismos en el momento en que trataban de uncirlas al carro, y casi ninguno había logrado sobrevivir a esa gesta. El último que lo había intentado, un fornido y apuesto príncipe etolio, había quedado desfigurado y cojo, pues el león le había arrancado media cara mientras el jabalí se cebaba en sus piernas, antes de que sus guerreros los rematasen con sus lanzas. Ahora vivía recluido en las estancias más apartadas del palacio de su padre, pues su belleza viril había desaparecido entre los colmillos de un jabalí salvaje y, no pudiendo montar a caballo ni dirigir su propio ejército, había perdido todo derecho a reclamar el trono que le correspondía.

Pese a los ruegos de Alcestis y las protestas de Acasto, el rey Pelias se mostró inflexible. Admeto debía enfrentar la prueba que otros acometieron antes que él si quería tomar a su hija como esposa.

◇◇◇

La luna llena teñía con su plateado resplandor el oscuro manto boscoso que rodeaba el prado. Hacia oriente, la aurora



Apolo y Ártemis, portando sus arcos, se encontraron ante los enamorados.

inyectados en sangre y lanzando espumarajos entre sus horribles colmillos. Cuando Admeto y Alcestis aún no se habían recuperado de la sorpresa, a pocos metros de la terrorífica bestia, apareció un rugiente león de oscura melena, lanzando dentelladas en pos del jabalí, dispuesto a despedazar todo lo que encontrara en su camino. Desde el cielo, Ártemis los provocaba, disparando una tras otra sus flechas, que se clavaban y hundían en la hierba tras los cuartos traseros de las dos fieras.

Cuando alcanzaron el centro del prado y parecía que se iba a producir una salvaje carnicería, resonó en la hondonada una hipnótica música. Todo quedó en suspenso, incluso la brisa que acariciaba las copas de los árboles. Ambos animales, olvidando sus feroces instintos, detuvieron en seco su carrera. Luego levantaron la cabeza y se acercaron lentamente, como al acecho, hasta la roca tras la que se guarecían Admeto y Alcestis. Los enamorados quedaron paralizados por el temor, convencidos de que iban a morir despedazados.

Pero cuando el jabalí llegó hasta ellos, el feroz animal se tumbó mansamente panza arriba en el suelo, exigiendo caricias como el más dócil de los perros. Por su parte, el león, ronroneando como un gato gigantesco, comenzó a frotar su melena contra el cuerpo de una petrificada Alcestis. Apolo y Ártemis cruzaron una mirada, sonrientes ante la mezcla de pavor y sorpresa que colmaba el rostro de los dos jóvenes enamorados.

—Ahora, Admeto —dijo Apolo—, has de conducirlos ante el rey. Uncirlos al carro te resultará tan fácil como uncir a los dos caballos más dóciles de tus cuadras. Nosotros, invisibles a los ojos de los demás mortales, velaremos por ti desde lo alto.

perfilaba de púrpura la línea de las cumbres del monte Pelión. En el centro de la llanura, allí donde Apolo había guardado los rebaños de Feras, una espesa humareda ascendía desde la gran losa de piedra, enroscándose hacia el cielo. A sus pies, Admeto y Alcestis se fundían en un abrazo silencioso a modo de despedida.

Alcestis se apretó con fuerza contra el pecho de Admeto, que con mirada alerta no dejaba de escrutar el cielo y los bosques circundantes. Solo se oía el crepitar de los troncos y el murmullo de las llamas, como si todos los pájaros hubieran detenido sus cantos, expectantes ante lo que pudiera suceder.

—Nos queda poco tiempo—dijo ella, con la voz quebrada por el llanto que pugnaba por brotar de su garganta—. Aunque sobrevivieras a la prueba que te impone mi padre, no sería sin graves secuelas. Nadie la ha superado hasta ahora porque es imposible.

El solo pensamiento de tal hecho desbordó sus lágrimas. Admeto la apretó contra su pecho.

—Confía en el poder de los dioses.

No pudo continuar. Un poderoso silbido rasgó el silencio haciendo retumbar toda la montaña y un centelleante objeto cayó sobre el centro de la hoguera levantando una nube de chispas. Pasado el estrépito, un coro de dulces melodías surgió de los bosques y Admeto no tuvo ya dudas sobre la identidad del arquero que había disparado la gran flecha de plata que se erguía perfectamente clavada en el centro de la hoguera. Al disiparse el humo, la figura de Apolo, armado con su arco y su carcaj, se encontraba ante ellos. A su lado se erguía otra fascinante figura femenina de extraordinaria belleza, con rasgos similares a los del dios. Armada a su vez

igual que el dios, Ártemis se presentó ante ellos acompañada de un majestuoso ciervo de enorme cornamenta.

Admeto y Alcestis dieron un paso atrás, impresionados por la belleza y el aura resplandeciente que manaban de aquellas figuras, enmudecidos.

—No hace falta que digas nada —anunció el dios—, pues te he estado observando desde el día en que nos despedimos. Sabes que mi corazón rebosa de agradecimiento y cariño por ti. Esperaba la ocasión de devolverte tus favores.

Alcestis observaba entusiasmada la belleza de las figuras divinas, con la cabeza inclinada en señal de respeto. Ártemis, complacida por las virtudes de la doncella, se apresuró a tranquilizarla.

—Y tú, Alcestis, tampoco debes temer nada, pues mi hermano me ha pedido mi ayuda y estoy de vuestro lado. Juntos os traeremos el león y el jabalí más fieros de estos bosques para que tiren del carro de Admeto.

Aún resonaban estas últimas palabras en los oídos de los enamorados cuando los divinos gemelos los instaron a guarecerse tras unos riscos, y allí esperaron, impacientes. Al poco tiempo, un fragor procedente de la espesura los alertó. Alcestis y Admeto presenciaron una escena que muy pocos mortales habían podido contemplar: dos de los dioses más bellos y audaces del Olimpo en plena demostración de sus poderes divinos.

De pronto, el gran ciervo de enormes astas que siempre acompañaba a Ártemis se abrió paso violentamente entre los espesos matorrales, levantando a su paso una nube de guijarros y ramas destrozadas. Lo perseguía un enfurecido jabalí —casi tan corpulento como el de Calidón— con los ojos

Poco después descendieron por los senderos de las montañas y se encaminaron hacia la ciudad, seguidos por las dos fieras amansadas. A su paso, las gentes se apartaban ante la extraordinaria visión: el rey de Feras y la princesa Alcestis caminaban uno junto al otro seguidos de dos de los animales más feroces de aquellos bosques, convertidos ahora en dóciles compañeros.

Cuando llegaron al ágora de Yolcos, seguidos a una prudente distancia por una pequeña multitud, el rey y Acasto ya los esperaban, pues los vigías de sus caminos se habían adelantado a la comitiva. Pelias, aunque desconfiaba de lo que le habían contado, había preparado ya el carro de la prueba y esperaba en lo alto de la escalinata del templo dedicado a Poseidón. Los murmullos cesaron cuando Admeto se dirigió a Pelias, que ahora contemplaba la asombrosa escena sin dar crédito a sus ojos:

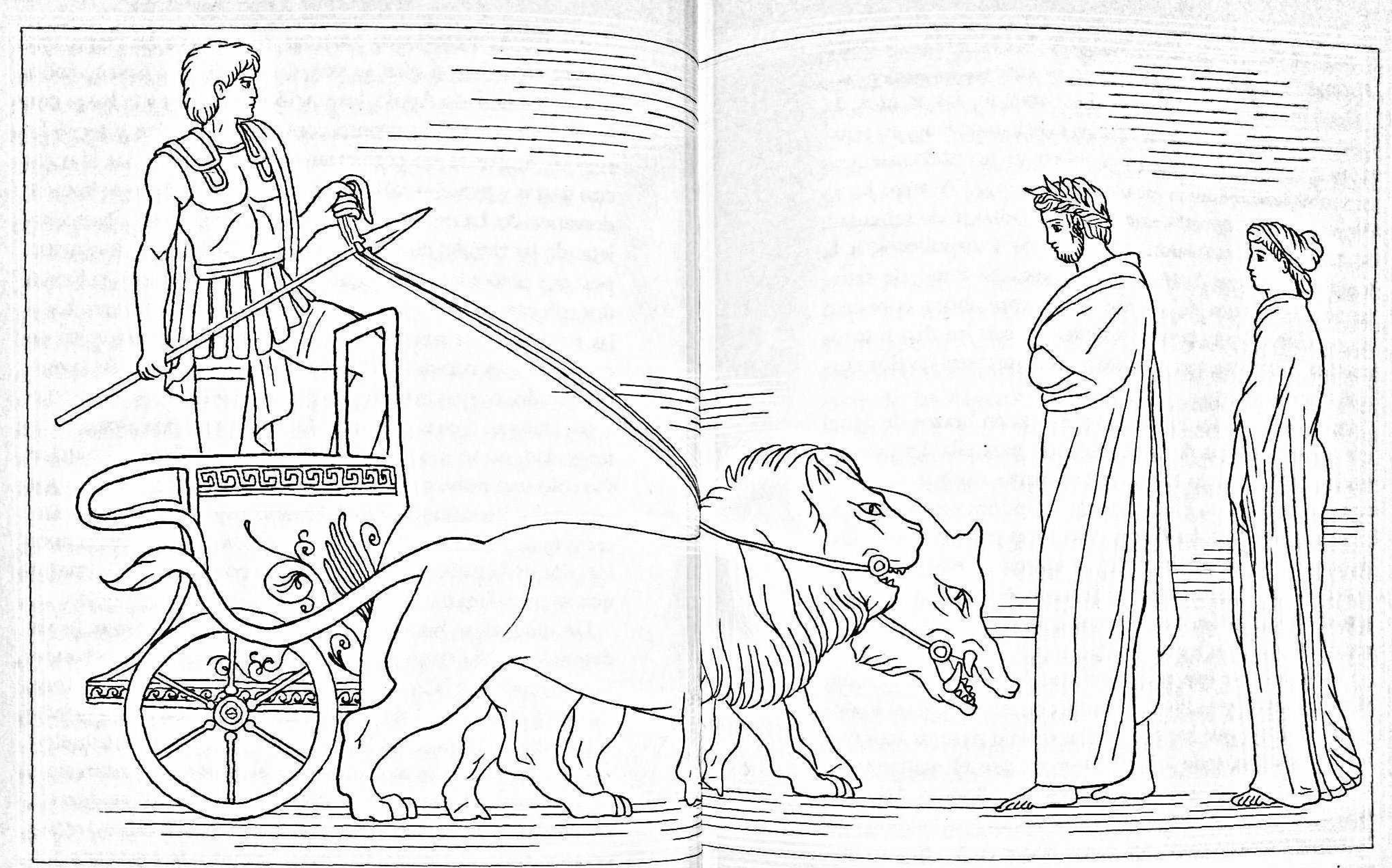
—Aquí estoy, poderoso rey, dispuesto a respetar las leyes de Yolcos para desposar a la prudente Alcestis. Si logro salir victorioso donde otros fieros guerreros perdieron la vida, significará que nuestra unión es voluntad de los dioses.

Entonces, agarrando al león y al jabalí por las crines, los condujo hacia el carro. Cuando se acercaban, uno de los hombres que contemplaban la escena, envalentonado por la aparente docilidad de las dos fieras, se acercó y alargó un brazo hacia el león, con intención de acariciarle la melena. Un espantoso rugido rompió el hechizo y la fiera, como si despertase repentinamente, intentó abalanzarse sobre el hombre, mostrando sus feroces colmillos, mientras el jabalí pugnaba por soltarse. Admeto tuvo que emplear toda su fuerza para sujetarlos, mientras la multitud retrocedía, aterrorizada.

Por fin Admeto logró amansar de nuevo a las fieras, que solo se calmaban si oían su voz, y, siguiendo las instrucciones que le había dado Apolo, los unció a la lanza y a la barra con las recias correas. Tan pronto como subió al carro y tomó las riendas, ambas fieras comenzaron a rugir y a arañar el suelo con garras y pezuñas, como si la fuerza del hechizo se hubiese desvanecido. La multitud retrocedió todavía más. Admeto, sujetando las riendas con una fuerza que ni él mismo imaginaba poseer, azuzó a las bestias, que se encabritaron como si fueran dos robustos caballos y emprendieron una veloz carrera hacia las puertas de la muralla en medio de un gran estrépito de espeluznantes rugidos y chirridos de ruedas contra las losas.

Cuando traspasaron la puerta, la multitud se encaramó a las atalayas. Pelias, intentando mantener una imagen de serenidad, no se movió de lo alto de la escalinata. Pronto se vio solo una nube de polvo que se alejaba por la calzada que atravesaba los campos hasta desvanecerse. Pasaron unos interminables minutos hasta que por fin volvió a aparecer ante los ojos de la turba, precedida por un concierto de bramidos que se mezclaban con las órdenes gritadas por Admeto.

De repente, se hizo de nuevo el silencio. El carro se había detenido en el centro de la plaza, con las dos fieras echando espumarajos por la boca, agotadas del esfuerzo, sometidas por entero a la voluntad del auriga. En ese momento, la helada calma se vio interrumpida por una mágica e invisible melodía que no hizo más que aumentar el temor y la admiración de los presentes. Admeto liberó entonces de sus ataduras a las dos bestias que, tan pronto como se vieron libres, recuperaron toda su fiereza. El salvaje instinto de regresar a los bosques se apoderó de ellas, y emprendieron frenéticamente



Tan pronto como Admeto tomó las riendas, ambas fieras empezaron a rugir.

el camino de regreso hacia sus guaridas, dejando un rastro de sangre y destrozos a lo largo de las calles.

Por fin, cuando hubieron desaparecido, las gentes de Yolcos, liberadas del temor que las había atenazado, comenzaron a vitorear a Admeto y a corear su nombre mientras este subía lentamente la escalinata del templo. Avanzó hacia Alcestis, que lo esperaba con el rostro radiante de felicidad. Se abrazaron y saludaron, complacidos y orgullosos, a la multitud, mientras Acasto los contemplaba lleno de satisfacción. Los gritos del gentío arreciaron: ahora coreaban sus nombres, alegres porque adivinaban que los días futuros traerían celebraciones con vino y manjares para las dos ciudades hermanas.

Pelias contemplaba indignado a su hija en brazos de aquel rey que consideraba de poca categoría para ella. La demostración de Admeto lo había impresionado, aunque no tanto como a sus súbditos. Él era hijo de Poseidón, y sabía del carácter caprichoso de los dioses. Pero había prometido delante de su pueblo entregar la mano de su hija al vencedor de la prueba, y no deseaba enturbiar la magnanimidad de su imagen ahora que Jasón, que muchos consideraban el legítimo rey de Yolcos, había regresado.

—Los dioses te han sido propicios, Admeto —respondió el rey, conciliador—. Puedes casarte con Alcestis, si así lo desea ella. Pero, ya que has decidido al mismo tiempo arriesgar tu vida acompañando a Jasón, decreto que el matrimonio no se celebre hasta que regreséis con el vellocino. Así quedará demostrado sin ninguna clase de dudas que cuentas con la benevolencia de los dioses como pocos de los héroes que recorren el anchuroso pecho de esta tierra.

Los gritos de júbilo se apagaron y un murmullo de desaprobación surgió de la multitud, descontenta porque veía de nuevo que su rey se resistía a cumplir su palabra. Alcestis, sintiéndose traicionada, corrió de nuevo a los brazos de Admeto. La esperanza que iluminaba sus ojos unos instantes atrás se había desvanecido.

◇◇◇

Hasta el palacio de Pelias llegaban los ruidos de la frenética actividad que tenía lugar en el puerto de Págasas. Tres grandes hogueras iluminaban a los carpinteros, que se afanaban a su alrededor enfrascados en la fatigosa tarea de combar, al calor de las llamas, unas enormes cuadernas. La actividad era frenética, y ni siquiera durante la noche cesaba el ruido de martillos y sierras. Alcestis, inclinada sobre el alféizar de la ventana de su alcoba, escuchaba impotente esos martillazos, que para ella eran como granos de arena deslizándose por una crisálida. Cada clavo que apuntalaban, cada travesaño incorporado la alejaban un poco más de su amado. No podía soportar la idea de dejarlo partir. ¿Por qué debía ser tan férrea la voluntad de los hombres que la rodeaban? Su padre había desoído sus súplicas cuando ella le pidió desposar a Admeto sin poner en peligro su vida. Este, del mismo modo, prefería enfrentarse a una muerte casi segura junto a los guerreros que lo acompañaron en una cacería antes que desposarla y permanecer en su tálamo. Mientras se perdía en estos pensamientos, sus ojos sufrían la construcción del navío avanzando inexorablemente, pero era la única que miraba con aprehensión este acontecimiento. El pueblo de Yolcos, que no arriesgaba a un ser amado sino un puesto en

los siglos venideros, reaccionaba de forma opuesta. Bajo el cielo despejado, Alcestis podía observar diversos grupos de gentes de toda la región que acudían para contemplar las labores de construcción de aquel barco extraordinario.

Incapaz de continuar soportando su incertidumbre, la princesa se vistió con sus más viejas ropas y, desprendiéndose de sus pulseras de oro y plata, salió a mezclarse entre la multitud. Era consciente de las represalias que tomaría su padre si la descubría, pero confiaba en su prudencia para esquivar cualquier situación comprometida. Su buen sentido le decía que nadie podría creer haber visto a una princesa tan lejos del palacio. Tomó el camino que conducía al puerto sin que nadie reparase en ella, cruzándose con las yuntas de bueyes que no paraban de arrastrar grandes troncos de pinos y robles provenientes de los caminos que descendían de los bosques. Al llegar a la playa, sobre la arena, pudo ver, acostado sobre pilares de madera, un gran cedro de recto tronco que poco a poco iba tomando la forma de un interminable mástil.

—Es la arboladura de la Argo, el navío que ha de conducir a los héroes convocados por Jasón hasta los últimos confines del mundo conocido. Las gentes ya los llaman los argonautas, «los que navegan en la Argo».

Alcestis se volvió, sobresaltada. A su lado estaba Admeto, vigilando los trabajos de construcción. Atraído por la figura familiar de la visitante, se había acercado a confirmar sus sospechas. La princesa agachó la cabeza, temerosa de que alguien más pudiera reconocerla. El corazón le latía fuertemente cerca de su amado, que había adivinado el motivo de su presencia.

—Cuéntate tú también entre ellos, argonauta —susurró cuando se hubo recompuesto—, pues todas las caricias de tu

amada no han podido evitar que la abandones. ¿Prefieres las promesas de posteridad de una fortuna caprichosa? Si Acasto y tú permanecéis en Yolcos, mi padre no podrá sino anunciar nuestro matrimonio.

Admeto la contempló apesadumbrado. Comprendía cómo se sentía, y el dolor hacía mella en él. Pero ni siquiera Pelias había logrado hacer desistir a Acasto, y su lealtad le impedía abandonarlo. Alcestis supo interpretar su silencio, y la tristeza desdibujó por un segundo la armonía de su rostro. Entonces, temerosa de que alguien los reconociera si veía a un rey hablar demasiado tiempo con una criada, sugirió a Admeto que caminaran en dirección al palacio mientras ella lo seguía, siempre un paso por detrás, como si estuviera a su servicio.

Cuando se vieron libres de miradas indiscretas, Admeto le acarició las mejillas a Alcestis, y las sintió cálidas y húmedas.

—Me acompañan los más audaces guerreros de la Hélade, y poco debemos temer de los mares. Se dice que Argos, el constructor de la nave, ha sido inspirado por los dioses.

Alcestis no compartía la confianza de su prometido. Presagiaba que ese viaje solo podía acarrearle desgracias. Pero sabía que tampoco ahora escucharía sus palabras, y no quería que partiera con el ánimo abatido.

—Márchate pues —dijo a Admeto—, que los dioses cuiden de ti mientras yo sea aún princesa de Yolcos. Pero si algún día me convierto en reina de Feras, no permitiré que vuelvas a arriesgar tu vida entregándote por honor a una muerte más que posible.

Admeto la besó, conmovido ante sus palabras. Luego, entre susurros, le reiteró sus promesas y el inquebrantable

amor que sentía por ella. Después se dirigieron de nuevo a palacio, antes de que alguien se percatara de la ausencia de la princesa.

◇◇◇

En el campamento, por la noche, los héroes que habían acudido a la llamada de Jasón se sentaban en círculos alrededor de las hogueras, alimentadas por los restos de los grandes árboles desbastados. Las ramas crepitaban, devoradas por las llamas, y las carnes de los corderos y bueyes enviados por el rey Pelias se asaban sobre las brasas, inundando con sus aromas toda la ensenada mientras ánforas y copas rebosantes del mejor vino corrían de mano en mano. El rey de Yolcos estaba satisfecho: todos aquellos guerreros lo librarían de Jasón.

Antes de que llegara la noche siguiente, la Argo estuvo a punto, meciéndose sobre las suaves olas, con su orgulloso mástil apuntando ya hacia las estrellas, y la bodega provista para la larga y peligrosa travesía. Cuando la ciudad por fin despertó, la Argo había desaparecido ya en el horizonte rumbo a las desconocidas aguas que bañaban la Cólquide. Solo una figura solitaria, oculta tras una de las tiendas ahora vacías, contempló su partida. Con el rostro arrasado en lágrimas, la desolada Alcestis sentía su corazón doblemente roto: los dos hombres a los que más amaba, su hermano y el que había de ser su esposo, la abandonaban rumbo a un destino incierto.

3

La promesa rota

Desde la partida de la nave Argo, los días y los meses se habían arrastrado con desesperante lentitud para Alcestis. En su mente, la angustia y el temor ante la posibilidad de la llegada de trágicas noticias se alternaba con una esperanza insensata.

—Tu sufrimiento no tiene sentido —le repetía Pelias, tratando de convencerse a sí mismo—. Poseidón enviará a la Argo y a Jasón a la más insondable de las profundidades, pero no permitirá que tu hermano, que lleva en sus venas su sangre divina, perezca con él.

Desde que la nave zarpara del puerto de Págasas, el rey parecía ignorar voluntariamente que Admeto había embarcado con su hijo y su principal enemigo.

—En tu mente solo caben Jasón y Acasto —le reprochó Alcestis, apesadumbrada—. Olvidas siempre a Admeto, que ha de ser el padre de tus nietos, tal como has prometido. Pero sé que Apolo lo protegerá del destino al que has querido abocarle.

El rey quedó sorprendido por la animadversión que contenían las palabras de su hija Alcestis. Se sentía herido. El rumor de un creciente alboroto en los pasillos desvió su atención. Un oscuro presentimiento se apoderó de él. Se abrió la puerta y entró el jefe de la guardia, que cambió con el monarca una mirada de inquietud. Dejando las estancias privadas en las que se encontraban, Pelias se dirigió como una exhalación a la terraza. Allí, oteando el horizonte, divisó a lo lejos, perfilada en la lejanía, la inconfundible silueta de la Argo con las velas desplegadas. Ahora sabrían, se dijo, quiénes habían conservado la vida, y si traían con ellos el vellocino de oro.

A las puertas de palacio, el griterío de la multitud acompañando la llegada de los héroes a la casa de Pelias era ensordecedor. El rey se dijo, entonces, que su hijo había regresado y era aclamado por su pueblo. Se sentó en su trono, flanqueado por sus principales comandantes y su guardia personal para recibirlo con todos los honores y saber por su persona si sus invocaciones a Poseidón habían sido escuchadas. Pero, en lugar de su heredero, una orgullosa figura revestida con una coraza de bronce irrumpió en el salón. Entre los soldados se extendió un murmullo de admiración, pues Jasón llevaba sobre sus hombros el mágico vellocino que lanzaba dorados reflejos sobre las marmóreas columnas del mégaron.

◇◇◇

Apenas dos días después de la llegada de la Argo, que había devuelto sanos y salvos a Alcestis a su hermano y su prometido, la joven tesalia, encerrada en sus aposentos, lloraba desconsolada. Su padre se había negado a mantener la promesa

hecha a Jasón de devolverle el trono si completaba con éxito su viaje. Después de haber regresado con el vellocino, como había prometido, el héroe había descubierto que Pelias no tenía intención de entregarle el trono y que, en su ausencia, había urdido un plan para acabar con su familia. Jasón volvió a un Yolcos donde su padre, su madre y su hermano no seguían vivos. Hundido en la desesperación, se encerró en la casa paterna, incapaz de decidir cómo actuar, con los argonautas a la espera. Entonces se puso en marcha la venganza de aquella hechicera que había venido con él de la Cólquide, la maga de espesos cabellos negros y blanquísima tez llamada Medea. Había sido ella, ahora su esposa, quien había sido capaz de dormir al monstruo divino que vigilaba el vellocino de oro.

Las imágenes de lo sucedido en las últimas horas no dejaban de acosar a Alcestis. La pálida luna se apagaba en el horizonte dejando paso al sol, que iluminaba la ciudad devastada por los trágicos acontecimientos sin que pudiera conciliar el sueño. Medea, haciéndose pasar por una vieja hechicera, había embrujado a sus hermanas. Tras hacerlas beber un vino fabricado con sus encantamientos, pareció como si una locura divina se hubiera apoderado de sus cuerpos. «¡Hermanas! ¡Hermanas!», las había llamado Alcestis, pero ellas, enajenadas, no la escucharon.

Se culpaba de no haber sabido reaccionar con la suficiente presteza. Desde que viera a la humilde vieja llegar a palacio, había sospechado de ella. Pero hasta que no la vio recuperar su cuerpo de doncella ante sus ojos Alcestis no comprendió la trampa. No sirvió de nada que lo denunciara a sus hermanas, puesto que estaban ya sometidas por completo a

nautas que apoyaban la causa de Jasón se dispusieron a ocupar el palacio, reclamando por las armas el trono para Jasón hubo algunos choques en plazas y calles. Sin embargo, en plena batalla en la explanada que se abría ante la puerta del palacio, el corpulento argonauta Anceo, que había mostrado su disgusto por el extraño curso de los acontecimientos, se encaramó de un ágil salto a lo alto de la escalinata e hizo sonar su poderosa voz con un inmenso bramido.

—¡Argonautas, guerreros de Yolcos! ¡Abandonad vuestras armas, no luchéis más entre vosotros, pues es una ofensa contra los dioses que los hermanos se maten entre sí!

Al oírlo, Acasto subió también al altar, soltó las armas y el escudo, tiró el yelmo bien lejos y luego se fundió de nuevo en un fraternal abrazo con su compañero de aventuras. El fragor del combate cesó, dejaron de oírse los golpes del metal contra corazas y yelmos, incluso los lamentos de los heridos cesaron. En cuanto los argonautas abandonaron su actitud hostil, uno a uno, todos los habitantes de Yolcos se fueron congregando en el ágora. De repente, un fuerte grito anónimo interrumpió las conversaciones de los ciudadanos de Yolcos. «¡Larga vida al rey Acasto!». Tras un silencio sepulcral, otro vítor de apoyo al hijo de Pelias estalló desde la otra punta de la plaza. Poco a poco, los voceos de la muchedumbre se fueron sincronizando hasta que pareció que el ágora tenía una sola voz con la que nombraba, por sí sola, al que debía ser el siguiente rey de Yolcos.

◇◇◇

Al día siguiente, tras presentar al alba sus ofrendas a los dioses, el nuevo soberano de Yolcos tomó algunas de las decisiones más importantes de su vida. Convocó en el mégaron a los consejeros y nobles del reino, y a los representantes de los argonautas, que esperaron expectantes.

Se abrió una de las grandes puertas y por ella aparecieron, rodeados por soldados, Jasón y Medea. El héroe mantenía la cabeza alta: no había conseguido el trono, pero el culpable de la muerte de su padre había sufrido su castigo. La hechicera se erguía desafiante, sin arrepentirse de nada. Detrás de ellos caminaban, cabizbajas, Pisídice, Pelopea e Hipótoe, las tres hermanas de Alcestis, con las huellas de la tragedia impresas aún en el rostro. Cuando se detuvieron ante el nuevo rey, Acastó habló:

—Esta es desde ahora una nueva ciudad, sometida a la voluntad de los dioses. Apolo y Ártemis, los protectores del rey Admeto de Feras y de mi hermana Alcestis, nos comunicaron su beneplácito al ayudarlos en su empeño de desposarse. No me opondré a ello como hizo mi padre, que con sus equívocos actos renovó una y otra vez su deseo de contrariar la voluntad de los olímpicos.

Un murmullo se extendió a lo largo de la sala. Aquella era una buena noticia, por todos esperada, pero ansiaban conocer qué destino les reservaría el nuevo rey a los instigadores y a las ejecutoras del asesinato de Pelias.

—En cuanto a ti —dijo, dirigiéndose a Medea—, debería castigarte con la muerte, pero no quiero infligir más dolor a tu esposo, que un día fue mi amigo y a quien admiré, ni tampoco manchar de sangre el primer día de mi reinado. Podéis marcharos —añadió—, pero si, desde hoy, cuando el sol haya aparecido por tercera vez sobre el mar todavía permanecéis en mi reino, tomaré vuestras almas y las enviaré al inframundo.

Asombrado, Jasón dirigió una mirada huidiza a su antiguo amigo. La benevolencia, al fin, le sentaba bien al trono de Yolcos. Tomando a Medea del brazo, la arrastró fuera del salón en silencio. Entonces, Acasto se alzó del trono, descendió los breves escalones sobre los que se alzaba y se acercó a sus hermanas, que contenían el llanto, abrazadas unas a otras.

—Hermanas mías, nadie olvida que actuasteis bajo la influencia de malas artes. Pero es prudente que abandonéis este palacio y la ciudad si queréis que algún día os sea posible también olvidar cómo matasteis al hombre que os engendró.

Las hijas de Pelias rompieron a llorar. En sus rostros se leía el reconocimiento del buen juicio de su hermano Acasto, aunque significara el exilio, pues sabían que jamás podrían soportar la vida entre aquellas paredes. Partieron al día siguiente, sin más tardanza, acompañadas por las más fieles de sus sirvientas, para refugiarse en la ciudad de Mantinea, en la lejana Arcadia.

◇◇◇

Todos los ritos y ofrendas previos al matrimonio se habían cumplido. El humo de los sacrificios había ascendido hasta los dioses propicios, y una atmósfera de confiada y expectante felicidad se había extendido por toda la región. El matrimonio estaba a punto de consumarse y, en el palacio de Feras, la menor de las hijas de Pelias se disponía a comparecer ante Admeto.

Con los ojos bajos y las mejillas arreboladas, la hermosa Alcestis, acompañada por sus doncellas, salió de sus aposentos privados y enfiló sus pasos hacia la cámara nupcial. Durante todo el día la habían bañado y perfumado, y le habían

cortado la cobriza cabellera para manifestar así su virginidad. Ataviada con una sencilla túnica blanca que dejaba ver sus níveos hombros y con una corona de flores ciñéndole la frente, oyó cerrarse tras de sí las puertas de la cámara. Admeto estaba de pie, de espaldas a un ventanal, sacudido por un temblor que apenas lograba disimular. Alcestis se dirigió al lecho y se sentó en él, sin mirarlo. Le tendió su blanca mano para que se acercase. Sin embargo, antes de que Admeto pudiera llegar a los pies del lecho, la joven profirió un terrible alarido y, alzándose de un salto, comenzó a sacudirse las vestiduras con gestos de desesperación.

Admeto quedó paralizado durante unos segundos ante la espantosa e inexplicable visión: sobre los hombros y los brazos de Alcestis, enroscadas en su corona de flores, se retorcían varias serpientes de maligna mirada. El lecho rebosaba de ellas, tanto que muchas cayeron al suelo y reptaron hacia todos los rincones. Alcestis luchaba inútilmente por desembarazarse de los reptiles y, presa del terror, pedía el auxilio de su esposo.

Reaccionando ante sus gritos, Admeto la libró de los ofidios, pisoteando a todos los que pudo alcanzar, pero el lecho siguió intacto, como un hervidero perverso que emergiera de una cueva enterrada en el inframundo. Sollozando entre los brazos de su esposo, Alcestis murmuró:

—¿Por qué los dioses nos envían, el mismo día en que celebramos nuestra unión, a estos áspides, símbolos de la tierra y de la tumba? ¿A qué divinidad hemos ofendido?

La malignidad de la mirada de aquellas víboras, que parecían observar divertidas su temor mientras seguían reptando en todas direcciones, los convenció de que habían contrariado a los dioses.

—No las mires, Alcestis —dijo Admeto, mientras intentaba arrastrarla fuera de la cámara.

De pronto escucharon el hipnótico sonido de una lira, y las serpientes desaparecieron como por ensalmo y no quedó rastro de ellas. El lecho nupcial volvió a lucir impoluto, pero a sus pies se erguía ahora una luminosa figura que los dos enamorados conocían muy bien. Apolo los miró con gesto de preocupación.

Entonces la luz, como un relámpago que iluminara la noche, se hizo en las mentes de los enamorados. Revivieron, con meridiana claridad, el día en que Apolo y su hermana los ayudaron a cazar el jabalí y el león para uncirlos en el carro de Admeto, y recordaron también que Ártemis se había comprometido a ayudarlos.

—Mi hermana está terriblemente ofendida —dijo Apolo—. No entiende cómo dos mortales a los que ayudó sin exigir nada a cambio la han relegado al mayor de los olvidos.

Los rostros de Admeto y Alcestis palidecieron tras escuchar las palabras de Apolo. Obnubilados por el amor que sentían, impacientes por comenzar su nueva vida como esposos, habían dejado en manos de los sacerdotes todas las celebraciones, sacrificios y rituales. Y estos habían olvidado las ofrendas a la diosa, cometiendo así el mismo error funesto que el rey de Calidón. Y ahora la ira de Ártemis les enviaba las serpientes, una señal para que las moiras cortasen los hilos de su destino antes del tiempo fijado.

—Y aunque el afecto que nos une ha podido más que su ira y he logrado aplacarla —prosiguió Apolo—, solo he conseguido que perdone a Alcestis, pues es todavía doncella y no es culpable de la ofensa.

Alcestis, aterrorizada por la suerte de su reciente marido, se abrazó con más fuerza a Admeto.

—¿Y Admeto? ¿Cuál será el destino de Admeto? —protestó, mirando implorante al dios—. Si no puedo seguir junto a él, prefiero ser su compañera en su viaje al inframundo.

Apolo se conmovió ante las espontáneas palabras de la joven.

—Admeto ha de morir cuando lo decidan las moiras, puesto que ellas cortan los hilos del destino. Y eso puede ser pronto, pues la ofensa a mi hermana, aunque consiguiera aplacar su ira y ella lo perdonara, ha afectado sin remedio el hilo de su vida —dijo Apolo—. No tendré más remedio que enfrentarme a ellas.

No dijo nada más, y desapareció de la cámara tal como había llegado, como un ligero soplo de brisa. Apenas hubo partido, Admeto y Alcestis abandonaron la estancia precipitadamente, pues era necesario reparar enseguida la ofensa infligida a Ártemis.

◇◇

Los bosques de Feras hervían de actividad. Había que capturar a las presas preferidas de Ártemis, a quien no complacía el sacrificio de animales criados por los hombres. Provistos de redes, trampas y lazos de todos los calibres, los más expertos cazadores de Tesalia, convocados por Admeto, se internaron en los bosques, precedidos por las jaurías de perros y acompañados por los pastores que mejor conocían aquellas montañas. Llevaban también sus hachas, espadas y venablos, pero solo para defenderse en caso de ser atacados, pues la diosa exigía que las presas estuviesen vivas. La cacería había de prolongarse sin descanso durante varios días con sus noches.

su embrujo. Recordó con el corazón encogido a Pelopea e Hipótoe tomando sendos cuchillos de caza que la hechicera puso en sus manos ante su impotente mirada. Mas cuando le llegó el turno a Pisídice y Medea le entregó una afilada hacha, Alcestis no pudo permanecer quieta por más tiempo y se abalanzó sobre su hermana, dispuesta a arrebatársela. Aún le escocían las magulladuras que le infligió ella con el mango del instrumento para zafarse de su abrazo, dejándola casi inconsciente en el suelo de mármol, pero no le causaban tanto dolor como el sonido de su risa histérica, que no paraba de resonar en su cabeza, mientras se dirigían a los aposentos de su malogrado padre.

⋄⋄⋄

En Yolcos, la alegría y la expectación por la llegada de los argonautas se había trocado en angustia y temor tras el asesinato del rey Pelias a manos de sus propias hijas. ¿Se proponían los argonautas invadir y saquear el palacio? Nadie lo sabía. En las calles de la ciudad había comenzado a correr la primera sangre entre los partidarios de Jasón y los de Acasto, y la amenaza de una guerra fratricida se hacía cada vez más palpable.

Acasto ordenó a Alcestis que huyera, acompañada por su séquito de doncellas y un destacamento de soldados, y corriera a reunirse con Admeto, que ante las inquietantes noticias había convocado a su pequeño pero aguerrido ejército y se hallaba apostado, sereno pero amenazante, en las afueras de Yolcos. El joven rey de Feras estaba dispuesto a defender una vez más a su amigo y le encomiaba a que enviara a su prometida a su reino para ponerla a salvo. Alcestis, sintiéndose responsable, no quería abandonar a su hermano

en aquella difícil situación. Acasto trató de convencerla con dulces palabras.

—No debes permanecer por más tiempo en este palacio, que ha sido el escenario de la mayor de las atrocidades que una hija puede presenciar. Ve junto a Admeto. Ya no serás nunca más la princesa de Yolcos, sino la reina de Feras. Tus manos resistieron a los poderes de la extranjera: ve junto a tu prometido y comienza tu vida allí.

En su campamento, Admeto, que sufría por la suerte de su amada, recibió aliviado la noticia de que la comitiva se acercaba. No bien hubo llegado hasta el rey de Feras, Alcestis se echó en sus brazos contraída de dolor. Admeto la llevó a su tienda y allí la mantuvo entre sus brazos, sentados los dos en el lecho, hasta que la desventurada joven sintió acercarse el sueño, rendida por el llanto. Cuando vio que se había dormido, Admeto ordenó a las sirvientas que cuidaran de ella y salió. En su mente atribulada se amontonaban las cavilaciones. ¿Qué hacer? ¿Debía presentar batalla contra su antiguo comandante? ¿Así pagaba Jasón, con el sufrimiento de su prometida, la lealtad con la que había luchado a su lado?

⋄⋄⋄

Los argonautas se sentían divididos entre la repulsa por la traición y falta de palabra de Pelias, y el horror por el asesinato del rey. Acasto, por su parte, sentía como un deber vengar la muerte de su padre. Muchos de los habitantes de la ciudad se le habían unido, pues a pesar de que Pelias jamás había sabido despertar su aprecio, no podían dejar impune la terrible ofensa de Jasón y su esposa Medea. Para suerte de todos, la violencia duró poco. Cuando, finalmente, los argo-

Pronto comenzaron a llegar a Yolcos las presas capturadas: osos arrancados de sus cuevas tras haber sido acorralados por los perros, ciervos y jabalíes prendidos en grandes redes tendidas entre los árboles, aves sorprendidas en sus nidos durante la noche, zorros y lobos atrapados en los lazos de hábiles tramperos. La gran plaza del centro de Yolcos se llenó de jaulas, bramidos y rugidos. Las mejores piezas de la fauna salvaje de los bosques del Pelión se iban reuniendo para desagraviar a la airada diosa.

Por fin estuvo todo preparado, y el rey y la reina de Feras, inmersos en un clima de congoja de la que no lograban liberarse, ordenaron que se celebrasen los sacrificios de desagravio de Ártemis. La procesión salió del palacio, cerrada por Alcestis —la protegida de la diosa— en un carro tirado por dos grandes ciervos.

La enorme hoguera de leña verde prendió finalmente y el calor de las altas llamaradas hizo retroceder a los grupos que se habían atrevido a acercarse demasiado. Las aves y los cachorros apilados en el centro de la hoguera intentaron escapar, pero fueron arrojados de nuevo a las llamas por los sacerdotes y sus ayudantes, mientras a los pies del altar las más grandes y feroces fieras esperaban, con las patas atadas, su turno para ser abrasadas en aquel cruento sacrificio. La mirada despavorida de las doncellas y niñas que acompañaban a Alcestis era solo un pálido reflejo del temor que se había apoderado del semblante de la reina de Yolcos.

◇◇◇

En la ensenada de Págasas los marineros del barco recién llegado descargaban las mercancías que, tras el peligroso viaje

desde las costas de Fenicia y Asia Menor, habían de surtir las tiendas de los mercaderes de Yolcos y de Feras. A un costado de la playa esperaban, para ser embarcados, las ánforas llenas de potente vino y los sacos de trigo provenientes de las feraces llanuras y laderas tesalias, que desde hacía algunos años prosperaban bajo el sabio mandato de Admeto y Acasto. Las guerras y conflictos, tanto los que disputaron los hombres como los provocados por los dioses, eran solo un recuerdo.

Admeto, tirando de las riendas, hizo girar a su caballo para encaminarse de nuevo a palacio. Había supervisado la llegada del barco y el trasiego de mercancías, y ansiaba reunirse con Alcestis y sus hijos, Perimela y Eumelo. Este, su pequeño heredero, que algún día había de sucederlo, a pesar de su corta edad, ya lo interrogaba una y otra vez sobre las aventuras que había vivido. Cada vez que veía la coraza y la espada manchadas de sangre que presidían la sala de hachas, el joven príncipe le pedía a su padre que le hablara de la cacería de Calidón.

Ahora debía de estar con su abuelo, el anciano rey Feres, que intentaba adiestrarlo torpemente en las artes de la caza intentando atrapar a las aves que visitaban los jardines. Cuando, sudoroso, tras dejar su caballo al cuidado de los sirvientes, subió a grandes zancadas los escalones que llevaban al jardín superior, vio que no se había equivocado: allí estaban el anciano y el niño, apostados tras un seto, espiando a una bandada de gorriones. A unas docenas de pasos, Alcestis y Perimela murmuraban divertidas al contemplar los esfuerzos de Eumelo por tensar el pequeño arco que le había fabricado su padre. Una sonrisa de extrema felicidad iluminó el rostro del rey de Feras.

Habían pasado los años y en toda Tesalia reinaban la paz y la prosperidad. Admeto y Alcestis tenían ya dos hijos que aseguraban la continuidad del linaje y la estabilidad del reino. Las cuentas entre los mortales y los dioses parecían totalmente saldadas, aunque de vez en cuando, Admeto sentía la punzada de la angustia y recordaba la amenaza que lo acechaba desde el día de su boda. Contemplando aquella atmósfera de paz, era difícil que los mortales pudieran imaginar lo que estaba sucediendo en las entrañas de la Madre Tierra, donde una peculiar entrevista había sido concertada entre grandes potencias de la creación.

Entre las sombras, iluminadas solo por el tenue resplandor que emergía de las ígneas rocas de una caverna, una criatura de torva mirada, antiquísima y arrugada, con el aspecto de una anciana mujer, aguardaba sentada en una piedra con una madeja en las manos. Era Átropos, la mayor de las moiras, hijas de la noche, tres primordiales diosas respetadas y temidas incluso por Zeus, el padre olímpico. Ellas eran las que repartían entre los mortales el destino.

La más joven era Cloto, la hilandera, cuyos dedos hilaban la hebra de la vida. Láquesis, la mediana, medía con una vara la longitud de cada filamento, que correspondía a la vida de cada mortal. Átropos era la inexorable, pues cortaba con sus ennegrecidas tijeras de bronce el hilo, decidiendo así el momento y el modo en que debían morir los hombres. Uno de aquellos hilos, el de Admeto, ya había sido medido y esperaba su turno para ser cortado.

Absorta en sus pensamientos eternos e inmutables, la torva anciana apenas alzó la cabeza cuando en medio de la penumbra se alzó la figura de Apolo, que había atravesado,

con el solo impulso de su voluntad, las cavidades interiores de la tierra. Admeto, una vez más, le había pedido su ayuda después de que un terrorífico sueño turbara su descanso: «Admeto, rey de Feras —soñó que le decía una voz—, Átropos va a cortar el hilo, ya lo tiene en su negro regazo, va a cortar el hilo». El rey de Feras, inquieto ante esta revelación, había invocado a Apolo, que se prestó de nuevo a ayudar al guerrero amigo invocando la presencia de la moira más anciana.

—Apolo, hijo del señor del Olimpo —dijo Átropos con voz ronca y cavernosa—, acudo a tu llamada por respeto a tu poder y tu gloria, aunque bien sabes que no es fácil que abandone a mis hermanas en nuestra morada, allá, en el éter. ¿Qué te impulsa con tanta urgencia a interrumpir nuestra tarea?

—Vengo con un obsequio de los dioses —respondió Apolo—, puesto que es justo que os ofrezcamos una recompensa por vuestra infatigable dedicación al gobierno de la vida y de la muerte de los hombres. —Le mostró un gran odre de piel de carnero—. Aquí os traigo un néctar prodigioso, creado por Zeus y su hijo Dioniso, que transforma a todo aquel que lo bebe y le insufla un júbilo y un entusiasmo extraordinarios.

Átropos miró el odre, desconcertada. Eran las tres hermanas diosas implacables, como implacable era el destino de cada hombre, como lo era el destino de Admeto, que quedaba en manos de la más anciana. Apolo se sentó a su lado, extrajo dos copas de su zurrón y las llenó con el vino del odre. Luego ofreció una a la diosa. Juntos, los dos poderes inmortales bebieron y no pasó demasiado tiempo antes de que, por primera vez desde el origen de los tiempos, la anciana esbozara en su rostro, aunque sutilmente, una sonrisa desdentada que le dio un aspecto aún más tétrico.



Átropos ya estaba dispuesta a cortar el hilo del que pendía la vida de Admeto.

—En verdad es este un gran obsequio. Lo compartiré con mis hermanas. Pero me cuesta creer, viendo lo perentorio de tu llamada y el secreto de este encuentro, que estés cumpliendo un encargo de tu padre. ¿Qué has venido a buscar, deslumbrante arquero?

—Quiero pediros que preservéis intacto, solo por el momento, el hilo del rey Admeto de Feras, pues es un hombre bondadoso y ecuánime, y ha cumplido ya con su deber de resarcir a Ártemis de la ofensa.

Átropos negó con la cabeza.

—La fibra de Admeto, como la de todo mortal, la hilamos el tercer día después de su nacimiento. Entonces quedó fijado que debía morir tras ofender a una diosa, ser visitado por un nido de serpientes y ver nacer a sus dos primeros hijos.

Apolo volvió a servirle vino.

—El buen Admeto es lo mejor que puede dar la estirpe de los mortales. Creo que no se debería privar al mundo de su sabio juicio y de su brazo esforzado a causa de un descuido.

—Ni este asunto nos concierne a mí y a mis hermanas, ni podemos contrariar al destino, bien lo sabes —adujo Átropos, antes de apurar de nuevo la copa.

Se alzó Apolo, disgustado, aunque pretendía esconderlo, y se alejó unos pasos. Entonces se volvió hacia la diosa.

—No me cabe duda de que es difícil lo que os pido, pues va contra vuestra naturaleza, sin embargo, estoy seguro de que es posible que lleguemos a un buen acuerdo. ¿Qué queréis a cambio?

Átropos lo miró con ojos enturbiados, quizá por la edad o tal vez por el vino. Le devolvía el dios un gesto de piedad y súplica, un gesto casi humano del que nunca lo hubiera

imaginado capaz. Qué delicadezas había aprendido Apolo en su trato con los hombres, qué sentimientos tan intensos y llenos de coloraciones. La anciana imperturbable sintió envidia por un instante, pues ni ella ni sus hermanas podían ni sabían sentir nada parecido.

—De acuerdo —dijo finalmente—. No cortaré el hilo del rey de Feras si en el plazo de dos días encuentra a alguien dispuesto a morir en su lugar.

Volvió la luz al rostro del dios arquero, de modo que pareció que el sol había salido en aquella cueva hundida en lo más profundo de la tierra.

4

Una vida por otra

Dos días. Dos días con la vida pendiente de un hilo, amenazada por las afiladas tijeras del destino. Admeto escuchó las palabras del dios Apolo con una mezcla de temor y alivio. Aunque dos jornadas era un tiempo muy escaso, no albergaba ninguna duda de que lograría salvarse, y con él su reino y su linaje. Su padre, anciano y enfermo, ocuparía gustosamente su puesto en el reino de las sombras. Se dirigió hacia el ala del palacio donde dejaban transcurrir lenta y penosamente los días aquellos que le habían dado la vida, Feres y Periclímene, y que ahora se la darían de nuevo, por segunda vez.

Encontró a su padre recostado en su litera, contemplando melancólicamente la llanura a través del ventanal. A su lado, la reina Periclímene tejía, incansable, las túnicas que habrían de acompañarlos en su último viaje hacia el inframundo. Ambos levantaron la cabeza cuando entró.

—Padre mío —dijo Admeto—, acudo a ti seguro de que te alegrarás de saber que puedes salvar definitivamente este reino y la obra que con tanto esfuerzo has levantado.

Admeto siguió hablando y les relató a sus progenitores las palabras de Apolo, pero enseguida advirtió en el rostro del anciano rey un extraño cambio de expresión. Había esperado que su padre, que veía alargarse fatigosamente los últimos días de su vida, se declarase dispuesto sin dudarlo a ocupar su puesto, alegre por poder hacerle a su hijo un regalo tan decisivo, liberándose al mismo tiempo de los penosos achaques de la vejez.

Pero la mirada de Feres se tornó huidiza, y esquivó una y otra vez la de Admeto. Finalmente, el anciano rey se levantó y se acercó cojeando al ventanal para contemplar, hosco, la llanura. Admeto, que había enmudecido, dijo entonces con un hilo de voz:

—¿Qué ocupa tu mente, padre? ¿Por qué no respondes a mi ruego? ¿Acaso no te alegras de poder perpetuar tu linaje, de salvaguardar la vida de tu hijo y el futuro de tus nietos, protegiendo el trono en el que te sentaste antaño de la rapiña de otros?

El anciano rey respondió entonces, y sus palabras se clavaron como una daga helada en el corazón de Admeto.

—¿Acaso crees que tu padre no goza viendo la luz del sol, como lo haces tú? He cumplido con todos los deberes que el destino, encarnado en mis padres, ha puesto ante mí. Te engendré y te he criado para que seas el señor de esta casa y de todas sus tierras y bienes, que yo recibí de mi padre, pero nunca he oído hablar de una ley que diga que los progenitores hayan de morir en lugar de sus hijos. Los

mortales debemos vivir una sola vida, no dos, como tú pretendes: esa es la ley divina.

Admeto no reaccionó. Había preparado un discurso para agradecer a su padre su sacrificio, las palabras que lo colmarían de solemne felicidad. La posibilidad de que Feres se aferrase a su anciana vida no había ocupado uno solo de sus pensamientos. Admeto olvidó entonces por un momento el respeto que durante toda su vida le había profesado a su progenitor.

—Solo cabe una explicación —dijo con voz trémula, asustado por sus propias palabras—, y es que la vejez te haya amedrentado y la cobardía haya hecho mella en tu corazón.

Feres lo interrumpió, irritado por la ofensa que le infligía su propio hijo.

—¿Me acusas de cobardía, tú que pretendes esquivar tu destino intentando acabar con la existencia de tu propio padre, al que debes la vida y todo lo que posees?

En su rincón, Periclímene sollozaba con el rostro oculto entre las manos. Admeto lanzó una mirada hacia su madre: su tristeza era tan profunda como elocuente era su silencio, no iba a disentir de la decisión de su esposo.

Admeto se retiró, derrotado por una desesperación que no había sabido prever, pues si no lograba esquivar la condena de las moiras, intuía un negro futuro para su amada Alcestis y sus hijos. Angustiado, entrevió una última oportunidad: convocó a los más ancianos de sus esclavos y sirvientes, y les ofreció una vida de riquezas y abundancia para sus familias si aceptaban ocupar su lugar. Todo fue inútil. Miradas esquivas y recelosas, silencios avergonzados, débiles protestas en voz inaudible: eso fue todo lo que obtuvo.

Alcestis, desde el exterior de la sala, presenció esta última escena, y en su mente empezó a fraguarse entonces una terrible decisión.

◇◇

Esa noche, en la misma cámara que había sido el escenario de la amenaza de Ártemis, sobre el mismo lecho donde se retorcieron los temibles áspides, a Admeto y Alcestis les embargó la extraña sensación de haber retrocedido en el tiempo. Pero ahora la amenaza no eran las serpientes de la diosa ofendida, sino la sombra del inframundo: una ominosa presencia invisible parecía surgir de las paredes, de todos los rincones, inundando la estancia con su gélido viento.

Así manifestaba su presencia Tánatos, el dios de las plácidas muertes. Cada día, al caer el crepúsculo, acechaba a las almas de los mortales para arrebatárselas a su hermano Hipnos, el dios del sueño, cuando este se disponía a acompañarlas en su tránsito a su narcótico reino. Las que caían bajo su influjo ya no soñaban más y se precipitaban en una muerte eterna en el inframundo.

Aprisionado por la angustia, Admeto apenas acertaba a hablar. No encontraba las palabras para decirle a su amada, a la madre de sus dos queridos hijos, que en breve se convertirían en una viuda y dos huérfanos a merced de las ambiciones y la inexorable crueldad de los que sin duda se disputarían su herencia.

—¿Qué puedo hacer, Alcestis? —murmuró, al fin—. El destino se ha encarnizado conmigo, a pesar de la benevolencia de Apolo. Ya no puedo hacer nada para esquivar la voluntad de los dioses. Debo morir. ¿Qué será de vosotros?

Alcestis lo abrazó largo tiempo, acariciando sus cabellos para después recorrer con sus finos dedos los rasgos del rostro de Admeto, como si se dispusiera a esculpirlos en su memoria.

—No te lamentes más, esposo —le dijo, incorporándose y clavando sus ojos en los de él, pues la mirada de Admeto no podía quedar recogida sino en la suya—. Ahora harás lo que yo te diga, pues así lo he acordado ya con Tánatos, el dios de las dulces muertes. Seré yo la que ocupe tu lugar en el reino de las sombras.

Admeto se levantó de un salto, pálido como un cadáver.

—¡No lo permitiré! —gritó, fuera de sí—. ¡No es justo que tú, la más bella y virtuosa de todas las mujeres que pueblan Tesalia, pagues por mis ofensas! Si me amas, no puedes abandonarme.

—Es inútil que te resistas, Admeto —musitó Alcestis—. Los dioses me han indicado el camino que debo seguir. Ayer, cuando estaba a punto de caer rendida al sueño, Hipnos me comunicó que mañana ya no podrá rescatarme cuando llegue su hermano Tánatos, pues las moiras han aceptado el trato y están dispuestas a cortar el hilo de mi vida a cambio de tejer uno nuevo para ti.

El llanto y las inútiles protestas de Admeto se prolongaron hasta que la luna alcanzó su cénit. Entonces Alcestis empezó a languidecer, como si estuviera cayendo en un hipnótico trance a medio camino hacia la muerte. Tánatos se estaba acercando.

◇◇

Antes de que el sol se asomara por el horizonte, tras las cumbres del Pelión, en plena oscuridad, Alcestis se levantó

del lecho donde reposaba junto a su esposo y se encaminó hacia las terrazas orientadas a la montaña para contemplar, por última vez, la luz del sol naciente. Después ascendió pausadamente por los jardines hasta que llegó a la explanada que dominaba el palacio. Al fondo, junto al pequeño collado que miraba a la llanura y al mar, Admeto había hecho construir un pequeño templo a Apolo, muy cerca de la tumba donde reposaban sus antepasados. Aquel era el lugar al que los dos enamorados acudían a refugiarse cuando querían estar solos. Desde allí habían contemplado muchas veces las luces del alba y del ocaso.

Mientras avanzaba decidida por el sendero, Alcestis intentaba absorber, con la avidez de quien se sabe condenado, todos los perfumes, los cantos de las aves, los colores de las flores y los árboles. Se detuvo y contempló por última vez la llanura: divisó Yolcos, la ciudad que la había visto nacer y donde vivía su amado hermano Acasto, y entrevió en la lejanía el azul profundo del mar. Caminó un poco más y llegó al templo, junto al cual corría un riachuelo que bajaba desde las colinas. Después de pronunciar una silenciosa oración en honor al dios que les protegía, lavó en las frescas aguas su nívea piel, purificándose como si ya estuviera tendida en su último lecho.

Cuando regresó a sus aposentos, el palacio ya había despertado y se dio cuenta de que la noticia había corrido de boca en boca. Admeto la estaba buscando, desesperado, y cuando la vio acercarse, se arrojó en sus brazos. Pero retrocedió al momento, espantado por la palidez y frialdad de su piel: Tánatos estaba cada vez más cerca. La vio caminar, con el rostro como una máscara de dolor, hacia sus aposentos.

Allí, Alcestis escogió la mejor de sus túnicas y se adornó el cabello para recibir a la muerte con toda la dignidad que le correspondía a la reina de Feras. Después se postró frente al altar de la diosa Hestia, la protectora del hogar, y pronunció estas palabras:

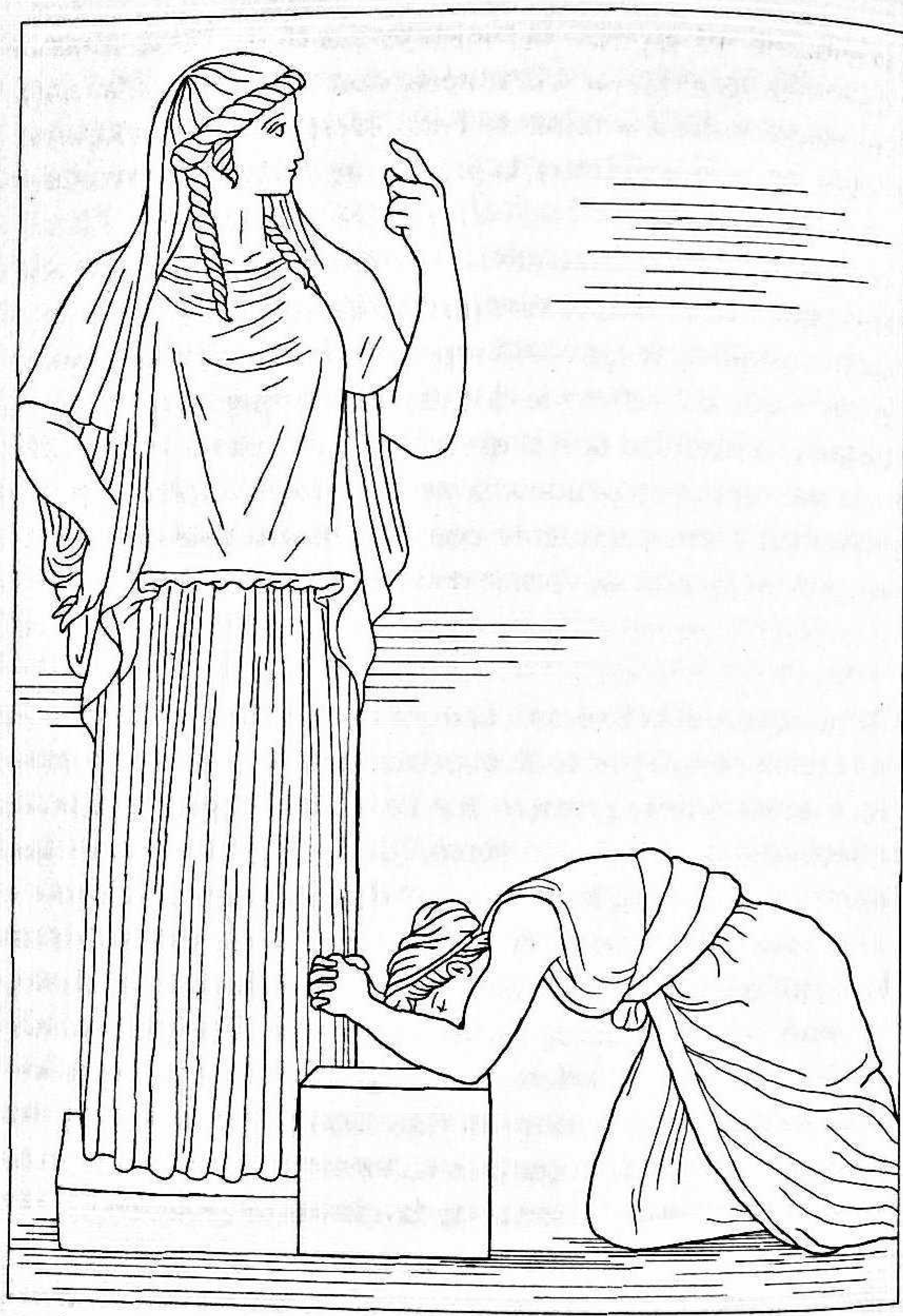
—Oh, Hestia, tú que alivias el sufrimiento de las mujeres desde que dan a luz a sus vástagos, me inclino ante ti por última vez para suplicarte que cuides por mí de mis hijos huérfanos. Te pido que a Eumelo le des una esposa que lo ame con la misma profundidad con la que yo amo a su padre y que Perimela me supere en prudencia y en virtud. Te imploro que no sucumban prematuramente como su madre, sino que, salvados por mi sacrificio, vivan una vida entera y plena.

◊◊

Como una niebla malsana, la noticia de la inevitable muerte de la reina corrió por todo el palacio y salió fuera de sus muros, extendiéndose primero por Feras para llegar, invadiendo la llanura, hasta el último rincón de Tesalia. La tristeza y los lamentos colmaron los corazones de todos sus habitantes.

Pero Alcestis no compartía su congoja. Una vez tomada su decisión, recorrió uno tras otro todos los altares del palacio, los ornó con coronas de mirto y rezó a los dioses, observada por un séquito de sirvientes y amigos que a duras penas lograban contener la emoción y las lágrimas, pues la amaban tanto por su belleza como por las virtudes que la adornaban. Cuando llegó a las puertas de la cámara nupcial, se volvió hacia ellos y dijo:

—Dejad a un lado la pena y el temor, amigos míos. No penséis más en mí, que me voy gustosamente para salvaguardar



Alcestis se postró frente al altar de la diosa Hestia para rogar por sus hijos.

la vida de mi esposo y el futuro de nuestros hijos, a la vez que aseguro el bienestar de nuestro reino, que de este modo queda en buenas manos.

Los presentes estallaron en protestas y gemidos.

—No hubo jamás una reina tan querida por su pueblo, y no sabemos de una mente más prudente que la tuya —dijo una de las mujeres de su séquito.

Si un rey podía mandar a su esposa a la tumba, ¿qué reinado les esperaba? Alcestis los tranquilizó. No era Admeto quien la enviaba a la tumba, sino su propia voluntad.

—No sintáis lástima por mí —añadió—. Preparad más bien el túmulo y la pira, ordenad el luto, haced todo lo necesario para que mi viaje al inframundo transcurra como una plácida travesía.

Muchas otras voces se alzaron discordantes, pero Alcestis ni siquiera las oyó, pues la invisible presencia de Tánatos se hacía para ella cada vez más patente. Cerró tras de sí las puertas de la cámara nupcial, el lugar donde había comenzado todo tanto tiempo atrás. Encontró a Admeto intentando explicarles a sus hijos que iban a perder a su madre, condenada por su decisión a un sacrificio inapelable. Las lágrimas corrían por sus rostros. Eumelo y Perimela se lanzaron sobre Alcestis y, tirando de su vestido, le pidieron llorando que no los abandonara.

—Antes de morir, esposo mío —dijo rodeando a los niños con sus brazos—, debes escuchar mi voluntad: convierte a estos hijos tuyos y míos en los amos de nuestra casa. No les des, volviéndote a casar, una madrastra que pudiera anteponer sus hijos a los míos. Confórmate con mi recuerdo, ya que tanto me has amado.

Admeto, completamente transportado por el dolor, le prometió a su esposa que haría lo que deseaba. La abrazó y notó que sus miembros desfallecían, mientras pronunciaba palabras inaudibles. Acercó la cabeza a sus labios y un gélido estremecimiento se apoderó de él cuando oyó lo que decía:

—Desde el otro lado de nuestro lecho me tiende la mano el joven alado, con la antorcha que se extingue en su diestra. Es Tánatos, el dios de la muerte. He de partir, pues la noche sombría resbala ya sobre mis ojos.

Un nuevo escalofrío, más glacial si cabe, recorrió todos los miembros de Admeto. No podía ver al invisible Tánatos, pero la extraña frialdad del aire que invadía la estancia lo convenció de la presencia de la muerte. Un temblor incontrolable lo sacudió por completo. Levantó el cuerpo de Alcestis y lo depositó sobre el lecho, mientras ella seguía musitando.

—¡No me abandones todavía, Alcestis! —exclamó, desgarrado por el dolor—. ¡Ya no quiero seguir en este mundo si ha de ser a cambio de tu pérdida!

Las palabras de Admeto, fruto de la desesperanza, parecieron devolver a Alcestis a la vida, pues intentó incorporarse en el lecho, aunque apenas si pudo inclinar la cabeza hacia su amado, para recordarle la promesa que acababa de hacerle de no tomar otra mujer por el bien de sus hijos.

—Así será, no temas —respondió Admeto, conmovido—. Del mismo modo que has sido mía mientras has vivido, una vez muerta también serás llamada mi única esposa. Jamás ninguna otra mujer compartirá conmigo nuestro lecho.

Al oír estas palabras, Alcestis volvió a sumirse en lo que parecía una agitada somnolencia. Pero Admeto, obnubilado

por el pesar, siguió hablando sin darse cuenta de que su esposa ya no oía sus palabras.

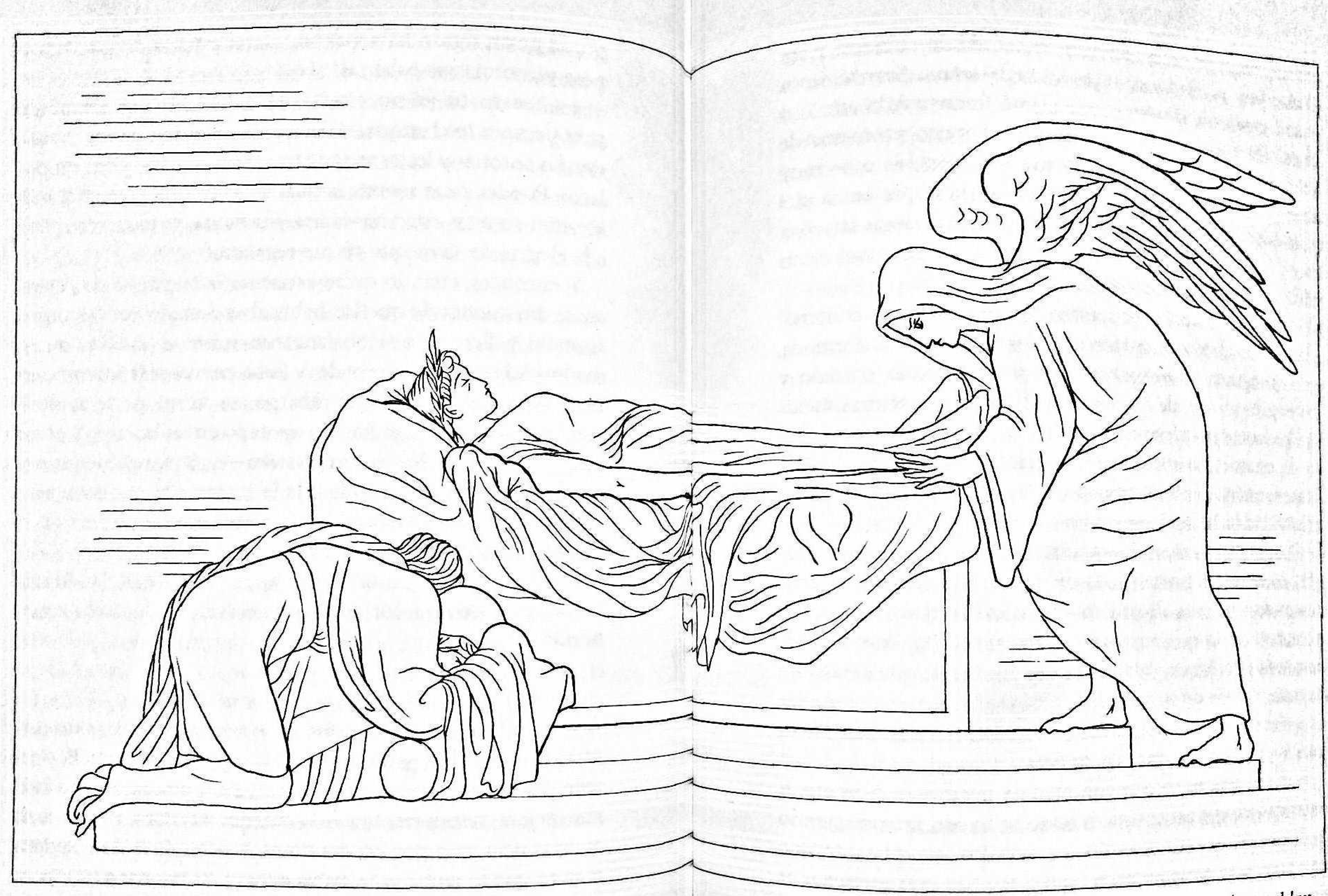
—Cuando tú ya no estés a mi lado haré que terminen para siempre los banquetes, las conversaciones de los invitados, las coronas y los cantos de las musas que invadían mi palacio. Puedes estar segura, amada mía, de que ya nunca más se oirán en estas estancias la lira y la flauta, ya nada recordará a la alegría de vivir que tú me regalaste.

Y entonces, cuando quiso escuchar la respuesta de Alcestis, se dio cuenta de que los había abandonado para siempre. Eumelo y Perimela se abalanzaron sobre el cadáver de su madre. Admeto, consternado y roto por el sufrimiento, no pudo decir nada más. Sin embargo, en su mente se agolpaban las palabras que se habían agotado en su boca. «¿Y si mi padre tiene razón? —se preguntaba—. ¿Y si realmente soy un cobarde que se esconde tras la mujer a la que ama para así esquivar una muerte que me pertenece solo a mí? ¿Y si todavía pudiera entregar mi vida por la de mi amada?»

El rey de Feras ignoraba que Apolo, que desde las alturas asistía apenado al dolor de su amigo, había escuchado aquel hondo lamento.

◇◇◇

A su llegada a Tesalia, Hércules pudo ver, en la orilla, a un numeroso grupo de figuras que parecía esperar su llegada. El destello de las lanzas y los escudos rodeaba a una figura ataviada con negras vestiduras. Era Admeto, que acudía a recibir a su amigo en su paso por sus dominios. A pesar de la demoledora tristeza que lo embargaba, había debido abandonar a su esposa muerta para cumplir con el deber sagrado de la hospitalidad.



Admeto siguió hablando sin darse cuenta de que Alcestis ya no oía sus palabras.

Con un gran salto, Hércules brincó desde cubierta y sus recios pies se clavaron en la húmeda arena. Avanzó unos pasos, seguro de sí mismo, y se plantó frente a Admeto. Tras el rey de Feras se levantaba un espeso muro protector de guerreros y cortesanos que lo rodeaba, con los ojos muy abiertos, impresionados ante la imponente presencia del gran héroe que había realizado las más prodigiosas hazañas, cuyo eco se había extendido por todos los rincones de la Hélade como un incendio en un trigal.

Frente a frente, los dos antiguos argonautas se contemplaron. En el rostro de Hércules florecía una jovial mirada, que enseguida se ensombreció al ver el cabello cortado y los negros ropajes de Admeto, que forzaba una triste sonrisa.

El héroe, que aventajaba a Admeto en más de una cabeza de estatura, lo abrazó estrechándolo entre sus poderosos brazos, recios como el tronco de una encina joven, y en su efusividad lo levantó un palmo del suelo.

Cuando lo soltó, Admeto, esforzándose por parecer alegre, comenzó a interrogarlo sin pausa. De ese modo, aparentando una falsa alegría, intentaba evitar que Hércules se percatara de lo que realmente había sucedido. Pero con las respuestas del héroe, Admeto se dio cuenta de que Tesalia no entraba dentro de su ruta.

—Pero entonces, Hércules, ¿por qué te has desviado de tu camino? —preguntó el rey de Feras.

—Creo que ha sido la voluntad de los dioses, Admeto. A medida que me acercaba a tu reino se ha ido introduciendo en mi mente y mi corazón un impulso inexplicable que me urgía a acercarme hasta aquí. Después creí escuchar la voz de Apolo pidiéndome que viniera a Tesalia. Sé el gran

afecto que te profesa, y yo debo respeto al dios que me dio el nombre que ahora porto y que es admirado en toda la Hélade: Hércules.

Admeto, ejerciendo los deberes de la hospitalidad, enseguida invitó al hijo de Zeus y a su tripulación a quedarse con ellos cuanto tiempo necesitaran para reponer fuerzas antes de zarpar de nuevo, prometiéndoles grandes banquetes en su honor.

—Sabes que agradezco tu hospitalidad, conocida en toda Tesalia —dijo entonces Hércules, intrigado—, pero antes de aceptarla debes decirme algo: ¿por quién vistes estas negras vestiduras, a qué viajero del inframundo has ofrecido tus cabellos cortados?

Admeto, que ya esperaba esa pregunta y estaba preparado para responderla, habló rápidamente:

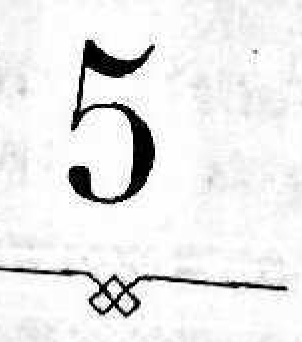
—Has llegado en un día de luto para mi casa. Ha muerto una mujer a la que ofrecí mi casa y mi hospitalidad.

Ante estas ambiguas palabras, Hércules siguió sin comprender. No entendía ni su pena ni su luto, si se trataba solo de un huésped. Cuando sugirió a su compañero que quizá sería mejor que continuara su camino para no ser invitado en la casa de un amigo que llora, Admeto zanjó definitivamente la cuestión.

—Hércules, los muertos están muertos. Nada podemos hacer —dijo, recomponiendo el gesto, pues las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos.

Tras estas palabras, Admeto y Hércules, seguidos por los soldados y los compañeros del hijo de Zeus, se dirigieron hacia Feras. Cuando llegaron al palacio, Admeto llamó al jefe de sus criados y le encomendó una delicada misión: que

albergara a Hércules y a sus acompañantes en los edificios de los invitados, junto a los jardines, lejos de las estancias principales, para que así no pudieran ver a su esposa muerta y el luto reinante. Bajo ningún concepto debían permitir que sus invitados advirtieran nada que les hiciese sospechar la magnitud de la tragedia que se había abatido sobre Feras. También les ordenó que les proporcionaran todo lo que pidieran, comida y bebida en abundancia, para que pudieran solazarse y distraerse a sus anchas, y no sintiesen la tentación de acercarse al palacio.



Regreso del inframundo

En la ciudad, la multitud silenciosa asistía a los preparativos para la cremación, mientras una creciente y ominosa oscuridad avanzaba por las calles hasta el ágora. El túmulo de Alcestis ya estaba sobre la pira. El cielo se había encapotado con gran rapidez, cubriéndose de negrísimas nubes. Cuando los sirvientes acercaron las antorchas a los costados de la pira, una violenta explosión de truenos encadenados retumbó con tal violencia que incluso los muros de las casas temblaron. Un viento fortísimo apagó las antorchas, que fueron encendidas tres veces más, y tres veces volvieron a apagarse. La gente se miraba, cada vez más temerosa. ¿Acaso se trataba de una señal?

Cuando al fin los asustados asistentes de los sacerdotes lograron que el fuego prendiera en las primeras ramas secas de la base de la estructura funeraria, el viento cesó tan repentinamente como había llegado. Entonces todos respi-

raron aliviados, pues por fin Alcestis podría viajar hasta su última morada.

Las llamas comenzaron a subir lentamente por los haces de leña de la base, acercándose al cadáver, prestas a devorarlo y convertirlo en cenizas. Pero cuando estaban a punto de lamer el blanco vestido, el cielo estalló y descargó sobre Feras un repentino diluvio de fría lluvia que apagó el fuego al instante. Un murmullo de sorpresa recorrió la multitud empapada, que pudo ver cómo la capa de nubes se desgarraba rápidamente para dejar pasar los rayos del sol, que se posaron sobre la pira.

—¡Es una señal! —murmuró uno de los sacerdotes, junto a un estupefacto Admeto—. Una señal de que vuestro protector Apolo no desea que la reina sea incinerada.

Se produjo un breve conciliábulo entre Admeto, los sacerdotes y los adivinos. Todos estaban de acuerdo en que aquel extraño prodigio no podía ser obra del azar. Entonces Admeto se dirigió a su pueblo:

—Lo habéis visto con vuestros propios ojos. Es voluntad de los dioses que Alcestis sea enterrada conservando toda su hermosura y serenidad, que las llamas no devoren su bello cuerpo para que yo pueda recordarla con toda su belleza, tal como la vi en las playas de Págasas.

Apolo, oculto tras las nubes que se alejaban rápidamente hacia las cumbres, sonrió satisfecho.

◇◇◇

La comitiva, formada ahora solo por la familia y los más allegados, se puso en marcha hacia el sendero que conducía a la tumba y el templo. El sol lucía de nuevo radiante y no

se veía rastro alguno de la negra tormenta. A partir de ese momento la ceremonia fue rápida, pues cada vez era más oneroso el peso de los lamentos y los sobresaltos y todos se apresuraban, necesitados de dejar atrás la angustia. El dios había manifestado cuál era su voluntad y había que cumplirla. El cuerpo de Alcestis fue depositado por fin en su morada final, tras una gran losa de piedra.

Tan pronto como la última de las siluetas desapareció tras la pendiente, la soledad se apoderó de nuevo de la pradera. Sin embargo, era solo una apariencia, pues tres poderosas presencias rondaban el cadáver de la reina.

Ocultos tras las columnas del templo con los ojos fijos en la entrada de la tumba real, el divino Apolo y Hércules hablaban en voz baja. El héroe había llegado hasta allí siguiendo la voz susurrante del dios en sus oídos y ahora, después de manifestarse el inmortal ante él, le explicaba cuál era el proceder de Tánatos y, sin dejar de desvelarle todo lo que iba a suceder a continuación, le daba detalladas instrucciones para actuar.

—Muy pronto se manifestará —finalizó Apolo sus explicaciones—. Recuerda todo lo que te he dicho, pues no hay otra forma de arrebatarle su presa.

Hércules descendió sigilosamente los peldaños del templo y se aproximó a la tumba. Cuando movió a un lado la gran losa de piedra de la entrada, una gélida corriente azotó su rostro a través de la hendidura. La sala estaba en penumbra, pero pudo divisar el cadáver de Alcestis en el altar central, rodeada por las pequeñas figurillas de los dioses familiares. Conforme se acercaba, le parecía que el frío se volvía aún más intenso.

Entonces, del modo exacto en que le había indicado el luminoso Apolo, levantó delicadamente el cuerpo entre sus brazos y la aprisionó con firmeza, como si pretendiera evitar que se despeñara por un horrible precipicio. Notaba el rostro helado de la esposa de su amigo congelando su mejilla al reposar contra ella.

Así estuvo durante un rato, con Alcestis bien sujeta, hasta que notó que la piel cobraba un sobrehumano relumbre, una suerte de halo inquietante porque daba la impresión de titilar aunque no era en verdad luminoso, sino oscuro, una sombra que tuviera entidad corpórea. Semejante a un recubrimiento, se amoldaba a Alcestis con tanta precisión que remedaba la figura exactamente. Esta imagen vaporosa se desprendió de la piel y flotó, más ligera que el aire. No salió volando porque la vigorosa presión de Hércules no se lo permitía.

De pronto, el héroe notó un tirón ansioso. Sintió que una fuerza invisible trataba de arrastrar la sombra de Alcestis. Después del primer momento de sorpresa, se detuvo, pero pronto lo intentó de nuevo. Sabía Hércules que era Tánatos y lo imaginaba asombrado por la inesperada resistencia que tenía que vencer para llevarse aquella sombra. Tras un brevísimo descanso, la potencia eterna del inframundo volvió al ataque. Esta vez dio una sacudida brutal y sostenida contra la que Hércules tuvo que oponer toda su fuerza. Chilló el héroe para concentrar aún más poder en sus brazos contra aquel durísimo impulso. El corazón le latía en las sienes, las manos le sudaban, ahora bien, no estaba dispuesto a aflojar por nada. Por fin, pareció que Tánatos se agotaba y detuvo la presión.

Una niebla escurridiza y gris formó un remolino ante él que, volviéndose compacto, acabó tomando la forma de Tánatos. Con mirada acerba, los puños apretados, el ceño fruncido, convertido su rostro por completo en una máscara de rabia y sorpresa, caminó el dios alrededor de Hércules, que le devolvía un gesto fiero, al tiempo que tensaba los músculos para dar a su abrazo al cadáver de Alcestis todavía más intensidad.

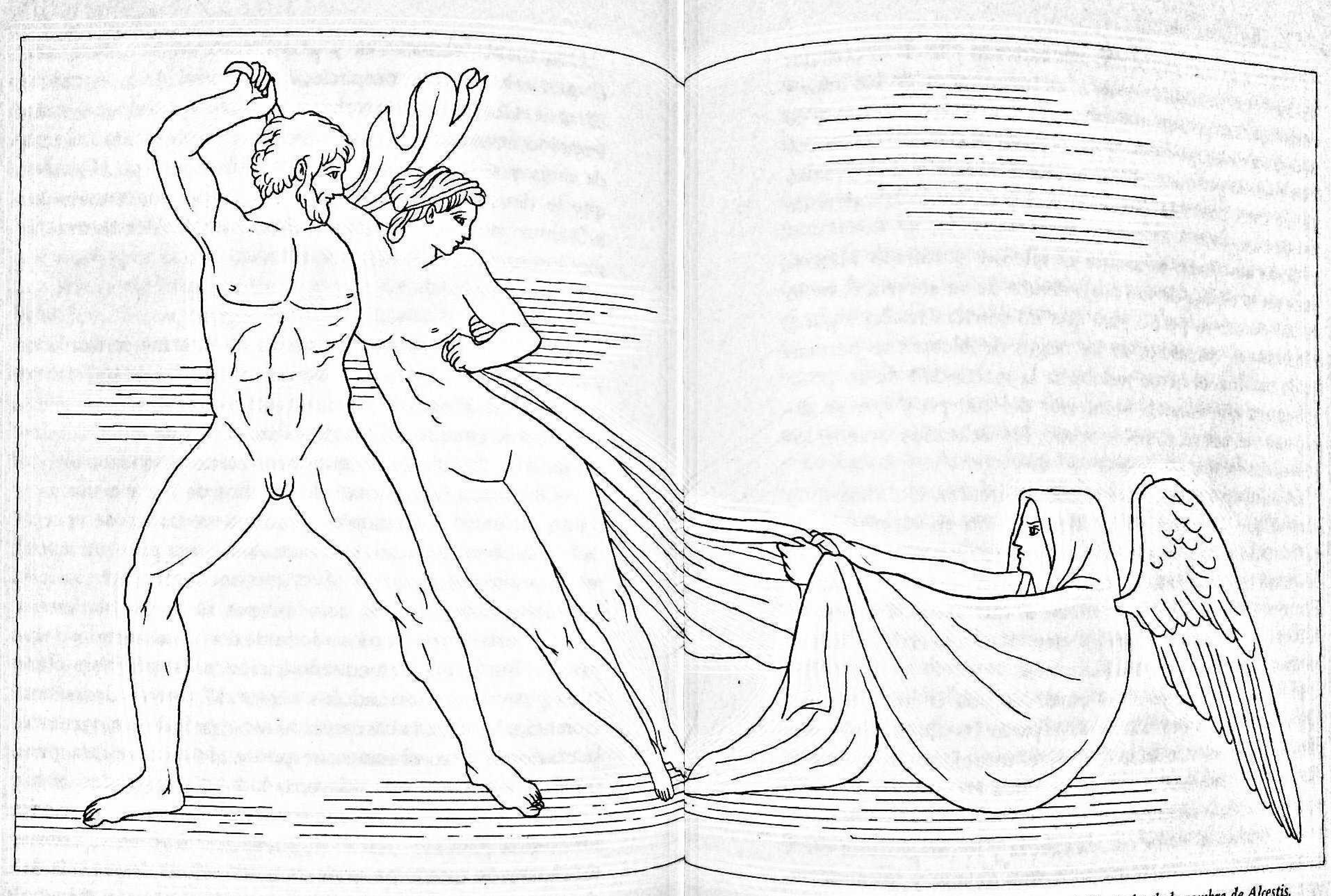
◇◇◇

—Hijo de Zeus, ¿cómo te atreves a disputarme este cadáver y su alma, que por derecho me pertenecen? —bramó la voz cavernosa de Tánatos.

Hércules, curtido en los duros trabajos que le habían encomendado los dioses, se mantuvo sereno.

—Obedezco la voluntad de un dios de luz y armonía y presto mi brazo esforzado a un amigo en trance de necesidad, ¿puede existir acaso una causa más justa para mis actos? —respondió.

Encolerizado, Tánatos dejó escapar un grito, al tiempo que un torbellino brumoso lo rodeaba hasta hacerlo desaparecer. En forma de pequeño ciclón, se lanzó sobre Hércules y Alcestis, cubriéndolos y girando a su alrededor con violencia. Azotaba la carne del héroe causándole sangrientas laceraciones. Pero el recio cuerpo de Hércules resistía, pues no en vano corría por sus venas la fuerza del poder de los dioses. El héroe se ovilló alrededor del cadáver y, apretando los dientes para soportar el dolor, se convirtió en su coraza, un caparazón que lo protegía de la acometida despiadada del dios que quería llevárselo al inframundo.



El héroe notó que una fuerza invisible tiraba de la sombra de Alcestis.

Tánatos lo sometió al frío más extremo y le clavó cristales de hielo en las anchas espaldas, en los costados, en los brazos fornidos. Luego intentó calcinarlo con calor intenso y le causó terribles quemaduras en la piel y el cabello. Lo apretó con toda su potencia para aplastarle el cuerpo y después tiró de él, intentando arrancarle la piel y separarle la carne de los huesos.

Todo salvajismo lo resistió el valeroso y sufrido Hércules, con la esposa de su amigo dentro de su abrazo, el bello rostro contra su pecho para que no sufriera lesión alguna. Cuando los contornos de los rasgos de Alcestis se perdían en la sombra, el héroe redoblaba la intensidad de su presa y lograba que volviera al interior del cuerpo y que se dibujaran de nuevo el noble rostro, los delicados brazos, los hermosos labios.

En ningún momento se arredró Hércules. Conocía muy bien el frío de la muerte cercana, pues no en vano se había enfrentado a las más terribles de las criaturas que poblaban la difusa frontera entre el mundo mortal y el de los dioses. En cambio, aquel era un combate al que Tánatos no estaba habituado, pues ni siquiera los eternos se atrevían a discutir su derecho a apoderarse de las almas.

La luna brillaba ya en el cielo. Llegaba la hora en que Hipnos y Tánatos se habían de repartir las almas. Solo entonces aflojó el ataque, se deshizo el torbellino en jirones y Tánatos se manifestó de nuevo frente a Hércules y Alcestis, echándose atrás en medio de un penoso jadeo. Con el cuerpo malherido, el héroe alzó la cabeza y le dirigió una dura mirada. Tuvo que llenar sus pulmones de aire y humedecer su garganta dolorida antes de decir:

—Es inútil que te esfuerces. Bien sabes que la violencia no te corresponde. Si me arrebatas a esta mujer por la fuerza, incumplirás las leyes del destino, las mismas que dicen que la muerte violenta es patrimonio de tus hermanas, las keres.

Agotado, Tánatos reculó unos pasos con la mirada ensombrecida. ¿Era posible que a aquel insensato que osaba enfrentarse a las potencias de la muerte le asistiera la razón? ¿Significaba eso que podía hacer valer su voluntad sobre la de un heraldo del inframundo? La antorcha que encarnaba el último hálito de Alcestis refulgía todavía débilmente en su diestra. No se apagaría hasta que su alma cayera entre los brazos de la muerte.

—Sé quién te envía —dijo Tánatos—. ¿Dónde se oculta ese cobarde que se escuda tras tu fuerza?

La figura de Apolo surgió amenazadora entre las columnas del templo, con la cuerda de su arco tensada y una de sus poderosas flechas presta para ser lanzada.

—Son demasiadas las voluntades que se oponen a tu tarea —dijo el dios—. Nuestra causa es justa, pues esta virtuosa mujer no merece viajar todavía al reino de los muertos.

Tánatos torció el gesto, pues aborrecía la violencia. Era cierto que su dominio era el de la muerte pacífica, que solo se apoderaba de las almas mortales cuando su hermano Hipnos las conducía sin resistencia al reino del sueño. La tremenda resistencia de los brazos de Hércules y la amenaza de Apolo acabaron por doblegar su voluntad. Recogió del suelo su antorcha, que se avivó de nuevo, dejando en suspenso la última y débil llama de la vida de Alcestis.

—Un día llegará la hora en que me vengaré de ti, Hércules —dijo Tánatos con una sonrisa siniestra—, pues, aunque

brazos, las mismas caderas que la malograda Alcestis. Entonces no pudo ocultar su contrariedad ante su desafortunada petición.

—Te suplico que se la entregues para que la custodie a algún otro hombre que no haya sufrido lo que yo. Al verla en mi casa no podría contener las lágrimas —se dirigió entonces a la joven, que permanecía muda y con la cabeza baja—. Quienquiera que seas, has de saber que jamás vi una figura que se asemejara tanto como la tuya a la de mi difunta esposa. —No pudo retener las lágrimas y se volvió hacia Hércules—. Aparta, por los dioses, a esta mujer de mi vista, pues al mirarla creo estar viendo a la mujer excelsa que he perdido.

Hércules, conmovido por el lacerante sufrimiento que vio en el semblante descompuesto de su amigo, tomó la mano de la joven y la puso junto a Admeto.

—Confía en mí y obedece mi orden: toma la mano de esta mujer y ofrécele tu hospitalidad.

Admeto dio un paso atrás, confundido, pero la autoridad de la voz de Hércules era imperiosa. Un terrible estremecimiento recorrió todo su cuerpo cuando, al sentir el tacto de la joven notó la frialdad de su piel. Una idea imposible cruzó su mente. Pensó que los dioses lo confundían para castigarlo por dejar morir a su amada en su lugar. Y, sin embargo, le parecía que reconocía la delicadeza de esa mano y que estaba igual de fría que la última vez que había acariciado el cuerpo muerto de su esposa. La joven se aferraba con debilidad a la suya. Confundiendo la realidad con el deseo, Admeto levantó con cuidado la fina tela que cubría a la joven desconocida y quedó petrificado. Alcestis, su amada

esposa, pálida y fría, con los ojos entrecerrados, la respiración pesada, estaba en pie delante de él.

—Por los dioses—dijo con un hilo de voz—. ¿Eres tú, Alcestis, o me hallo ante una nueva astucia del destino que pretende aumentar mi sufrimiento?

Con un esfuerzo inmenso, como si intentara emerger desde el fondo de un sueño insondable, separó ella los labios para pronunciar alguna palabra, pero no fue capaz. La huella de la muerte aún perduraba en su cuerpo y así permanecería hasta que se hubiera purificado del todo de su consagración a los dioses infernales. Únicamente logró Alcestis lanzar un levísimo suspiro, pero, apenas alcanzó con él el rostro de Admeto, volvió a paladear su esposo el sabor de sus besos y olfatear la dulzura de su aroma. Así supo el rey al instante que era la mujer que amaba, la única que había amado, la única que amaría jamás.

Esa noche, tomando de la mano a la recobrada Alcestis, Admeto la guió dulcemente hasta la cámara nupcial. Cuando estuvo frente al lecho, por fin una sonrisa de reconocimiento, una alegría que se abría paso poco a poco entre las huellas que en su alma había dejado su vecindad con la muerte, floreció en los labios de la reina de Feras.

◇◇◇

Tres días después, mientras la aurora despuntaba cubriendo las cumbres con su rosado resplandor, una pequeña comitiva enfiló el sendero que conducía a la tumba de la más amada de las reinas. Cuatro porteadores transportaban la estatua de mármol de Alcestis, que iba a ocupar el lugar vacío que aquella que le prestara su imagen había dejado en el umbral

seas hijo de Zeus, la sangre mortal de tu madre me otorga el derecho de arrebatar tu alma y conducirla al inframundo. Mientras tanto, nunca dejarás de ser mi rehén.

Tal diciendo, se desvaneció en una súbita explosión de humo negro.

◇◇◇

Acababa de celebrarse en el mégaron el triste banquete en honor del alma de Alcestis y los escasos familiares ya se habían retirado después del baño ritual de purificación. Solo la figura solitaria de Admeto permanecía en la sala. ¿Qué iba a ser ahora de su hogar y su familia? La soledad le expulsaría de su propia casa cuando viera vacío el lecho de su esposa, a sus hijos llorando a su madre, a los criados gimiendo por su señora. Pero no era únicamente la soledad lo que atormentaba a Admeto, que estaba decidido a no tomar otra esposa, sino los amargos sentimientos de culpa y vergüenza que lo embargaban.

No había para él consuelo en otros brazos que aquellos que no volverían a abrazarle, y, sin embargo, ahora cualquiera de sus enemigos podría decir: «He aquí un rey que vive con vergüenza, un cobarde que no se atrevió a morir y para escapar de la muerte entregó a cambio a su esposa». ¿Qué ganaba pues con vivir, abrumado por la mala fama y la desgracia?

La llegada de un sirviente interrumpió sus pensamientos para anunciarle que Hércules, acompañado por una mujer velada, estaba a las puertas del palacio. Admeto se sobresaltó por ello. No tuvo tiempo de pensar nada más, porque el héroe entraba ya con su acompañante.

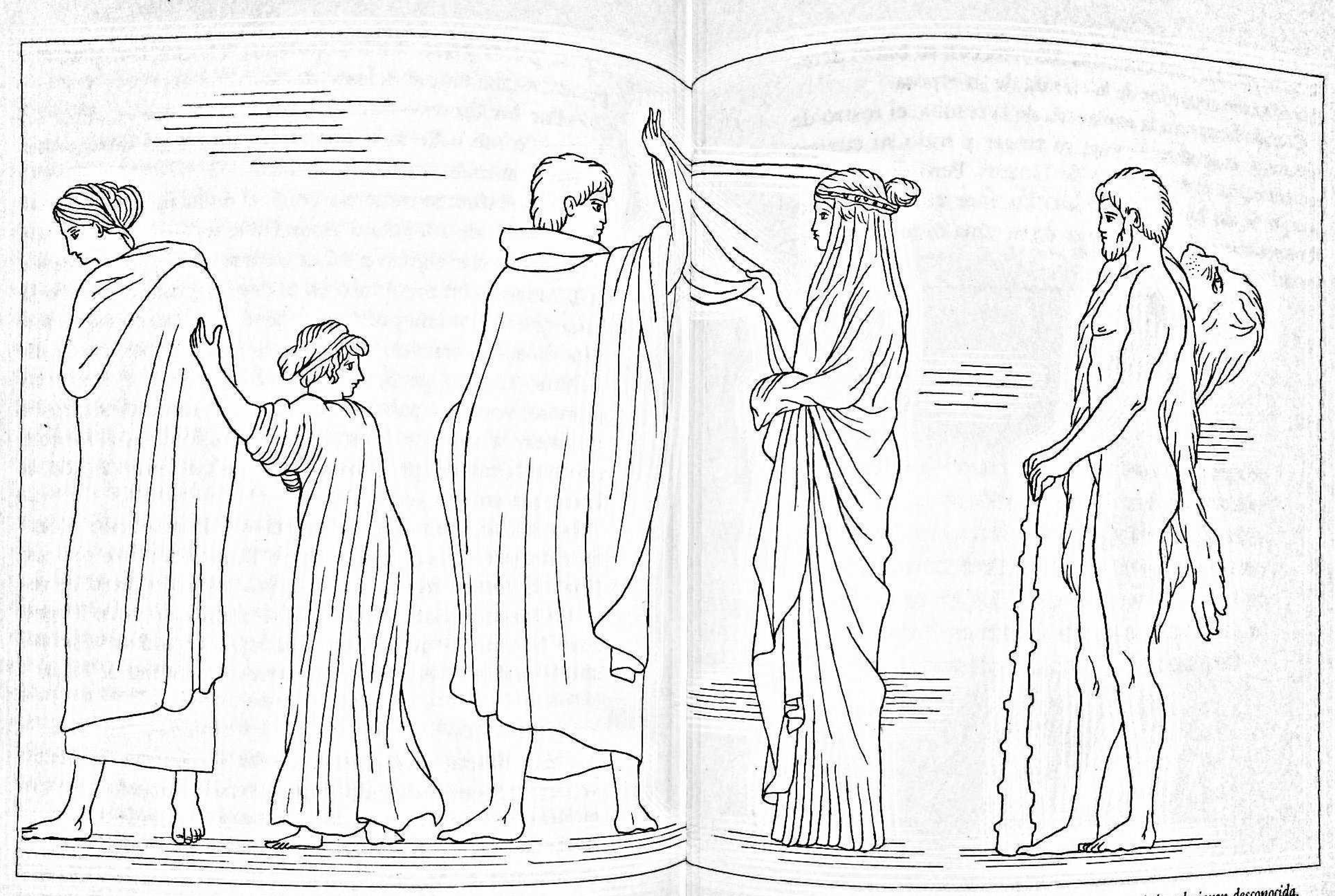
—¿Por qué razón me has hecho objeto de este espantoso engaño? —preguntó Hércules, con una voz que dejaba traslucir una profunda decepción—. En lugar de permitirme compartir tu sufrimiento, como todo buen amigo, me ocultaste que velabas el cadáver de tu esposa y me acogiste simulando que te afectaba un dolor ajeno. Y yo, mientras tanto, me he coronado la cabeza y he ofrecido copiosas libaciones a los dioses en una morada sumida en la desgracia.

—Ni por ponerte en una situación vergonzosa ni por deshonrarte te oculté la suerte que había corrido mi desgraciada esposa —respondió Admeto, afligido—, sino porque al dolor que sentía se habría añadido el de tener que negarte la hospitalidad de mi casa.

Mientras los dos amigos sostenían este penoso diálogo, la mujer que acompañaba a Hércules permanecía inmóvil a un par de pasos por detrás de él. Cubría sus facciones con un velo que permitía adivinar, sin embargo, que se trataba de una joven doncella, pues la túnica que le llegaba hasta las sandalias no lograba ocultar su esbelto cuerpo.

—La grave y penosa pérdida te ha hecho perder el buen juicio —dijo Hércules, comprensivo—. Sin embargo, creo que este agravio me permite en justicia exigirte que me concedas un favor si quieres obtener mi perdón. Toma a esta mujer que ves aquí y cuida de ella hasta que regrese de mis viajes. Si yo no volviera, debes permitir que viva en tu casa, honrándola como si de una princesa se tratara.

Admeto sentía el inmenso deseo de complacer a Hércules, pero, al echar una mirada a la mujer, se sintió desfallecer. Aunque no le veía el rostro, cubierto por la túnica, tenía la misma complexión, los mismos cabellos, la misma caída de



Admeto levantó con cuidado la fina tela que cubría a la joven desconocida.

de la muerte. Delante caminaba Admeto, con su brazo derecho enlazado alrededor de la cintura de su esposa.

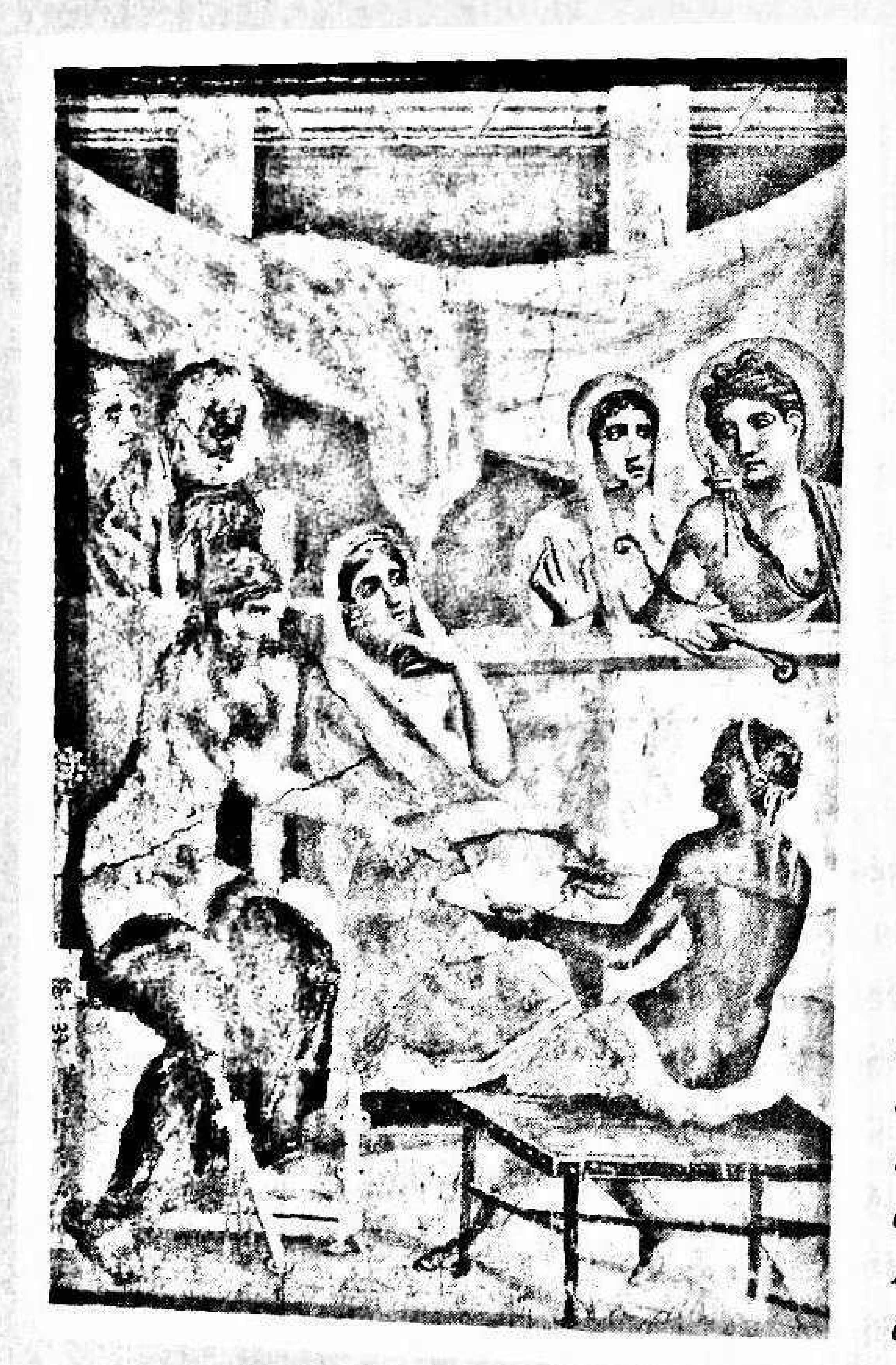
Cuando llegaron a la explanada de la tumba, el rostro de Alcestis se ensombreció, pues su sangre y todo su cuerpo rememoraron el frío aliento de Tánatos. Pero el calor del cuerpo de sus hijos y su esposo, fundidos con ella en un abrazo, alejaron definitivamente de su alma mortal las huellas del inframundo.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Una mujer que se sacrifica para que su esposo viva y un héroe que lucha con la muerte para devolverla a la vida son los dos temas principales que conforman el mito de Alcestis. Gracias al poeta trágico Eurípides, que la convirtió en protagonista de una de sus obras, Alcestis es todavía hoy el arquetipo de la esposa ideal.

Si se atiende a las historias de las hermanas Helena y Clitemnestra, o a la de Medea, podría parecer que la mitología griega no confía demasiado en las virtudes conyugales de la mujer. Helena es el modelo de la esposa adúltera, aquella que abandona el lecho de su marido Menelao para escaparse con su amante Paris y, de paso, provocar una guerra que llevará a la devastación a Troya. Clitemnestra va un paso más allá: no solo inicia una relación extramatrimonial con Egisto, un primo de su esposo Agamenón, sino que asesina a hachazos a este en cuanto regresa al hogar victorioso de aquella guerra. En lo que se refiere a Medea, la infidelidad de Jasón la lleva a matar a los hijos habidos en común como venganza. No obstante, sería injusto quedarse en estos casos, pues otros mitos presentan precisamente lo contrario: mujeres que son un encendido canto al dios Himeneo. Una de ellas es Penélope, símbolo de la mujer casta y fiel a su esposo Ulises. Mas, posiblemente, el ejemplo más sublime de amor conyugal

sea el de Alcestis: cuando a su marido Admeto le anuncian los dioses que va a morir, pero que puede evitar ese fin si alguien accede a ocupar su lugar, ella, su esposa, es la que se ofrece. Por motivaciones que tanto pueden ser el amor como el deber, da lo más preciado que un ser humano tiene, la vida, una acción que ya desde antiguo ha inspirado a numerosos artistas, como al anónimo pintor que, en el siglo I d. C., decoró la llamada Casa del Poeta Trágico con un fresco en el que se ve al matrimonio escuchando el oráculo de Apolo.



La Casa del Poeta Trágico de Pompeya, así llamada por un mosaico que representa a unos actores preparándose para una función, estaba decorada con frescos de gran calidad sobre temas mitológicos. Uno de ellos es el que muestra a Alcestis y Admeto escuchando de boca de un joven el oráculo de Apolo (dios que aparece en el lado derecho de la composición), que anuncia al esposo su muerte próxima. Se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles.

ELOGIO DE LA ESPOSA IDEAL

La mención más antigua a Alcestis se encuentra en el catálogo de naves de la *Ilíada* de Homero (siglo VIII a. C.), pero sin que se haga referencia alguna en ella a su sacrificio: «Y los que regían Feras al borde de la laguna Bebeide, Beba, Gláfiras y la bien edificada Yolcos. De sus once naves era jefe el querido hijo de Admeto, Eumelo, al que alumbró la divina entre las mujeres, Alcestis, la primera en belleza de las hijas de Pelias». El nombre de la esposa de Admeto aparece también en *Eeas o Catálogo de las mujeres*, un poema atribuido tradicionalmente a Hesíodo (siglo VIII a. C.), si bien el fragmento en cuestión se halla en tan mal estado que es difícil saber si se extendía más o no sobre su figura y hechos.

En realidad, la de Alcestis parece ser una leyenda popular que perpetúa dos temas de gran tradición en este ámbito: el del sacrificio conyugal y el del triunfo ante la muerte. Su origen se hallaría en Tesalia, la región griega en la que tomaron forma los cultos dedicados a la diosa Deméter, entre otros los que tienen que ver con el rapto de Perséfone por el dios del inframundo, Hades. Alcestis aparece directamente vinculada a ellos sobre todo en una de las conclusiones de su historia. Recogida en manuales como la *Biblioteca mitológica* atribuida a Apolodoro de Atenas (siglo II a. C.), refiere que fue Perséfone la que, admirada y conmovida ante la abnegación de Alcestis, decidió volverla a la vida y que regresara con su esposo.

La variante que presenta a Hércules como héroe salvador que lucha con la muerte (el dios Tánatos) es probable que derive de una tradición folclórica que hicieron suya y popularizaron los poetas trágicos. El primero de ellos es Frínico (siglos VI-V a. C.), de quien se sabe que escribió una *Alcestis* en la que Tánatos, espada en mano, se acerca a la esposa de Admeto y ve cómo Hércules se interpone

Amores que desafían a la muerte

El de Alcestis no es el único caso en la mitología griega de persona devuelta a la vida gracias al amor. Otro es el de Protesilao, el primer héroe que murió en la guerra de Troya. Justo antes de partir hacia su fatal destino había contraído matrimonio con Laodamía (hija de Acasto de Yolcos y, por tanto, sobrina de Alcestis), que se convirtió así en viuda sin apenas haber tenido tiempo de degustar las mieles de Himeneo. Sus lamentos y muestras de amor hacia el difunto conmovieron de tal modo a los dioses que estos aceptaron devolver a la vida a Protesilao, aunque solo por espacio de tres horas. Transcurridas estas, el héroe volvió al Hades, pero no solo, sino acompañado por su esposa, que prefirió quitarse la vida antes que perderlo de nuevo. El caso más célebre, sin embargo, es el de uno de los compañeros de Admeto en la aventura de los argonautas: el cantor tracio Orfeo, quien bajó al inframundo en busca de su esposa Eurídice. Los sones de su lira, capaces de amansar a las fieras y hacer llorar a piedras y árboles, tuvieron efecto también en Hades y Perséfone. Eurídice podía regresar al mundo de los vivos, pero con una condición: que Orfeo no volviera nunca la vista a ella durante su viaje a la superficie de la tierra. No cumplió y perdió para siempre a su esposa. Para Platón, Orfeo fue un pusilánime, pues «no se atrevió a morir de amor como Alcestis, sino que se las arregló para entrar vivo en el Hades». Admeto no se atrevió a tanto, pero tuvo la suerte de contar con un amigo como Hércules, hijo de Zeus, el señor del Olimpo.

entre ellos para disputársela. Esta variante fue la escogida por el trágico Eurípides (484-406 a.C.) para su propia *Alcestis*, sin duda la obra que ha contribuido a hacer de esta historia lo que fue para los antiguos y lo que todavía hoy es: un elogio de la esposa ideal.

Así lo veía el filósofo Platón (427-347 a.C.) en su diálogo *El banquete*: «A morir por otro están decididos únicamente los amantes, no solo los hombres, sino también las mujeres. Y de esto también la hija de Pelias, Alcestis, ofrece suficiente testimonio ante los griegos a favor de mi argumento, ya que fue la única que estuvo decidida a morir por su marido, a pesar de que este tenía padre y madre, a los que aquella superó tanto en afecto por amor que los hizo aparecer como meros extraños para su hijo y parientes solo de nombre». Alcestis encarna así el amor conyugal, pero también otras virtudes muy apreciadas por los griegos, como el amor a la comunidad y a los hijos, que habrían quedado sin rey y sin padre de haber muerto Admeto. Otra cuestión es si un héroe como este, partícipe de gestas como la caza del jabalí de Calidón o la expedición de los argonautas a la Cólquide, debía aceptar tal sacrificio para conservar su propia vida.

TRAGEDIA CON FINAL FELIZ

Como se ha dicho, la gran responsable de la popularidad de la historia de Alcestis es la tragedia homónima de Eurípides. Mas ¿realmente cabe hablar de «tragedia»? La cuestión viene de antiguo. Un argumento anónimo que se ha conservado en un manuscrito dice al respecto: «El drama es, más bien, satírico, pues tiene un desenlace alegre y placentero, contrario a la esencia de lo trágico». Y así es, ese final nada tiene que ver con catarsis trágica alguna. Se sabe, además, que el poeta dio a conocer esta obra en Atenas en el año

438 a. C., como cierre de una tetralogía formada por *Las cretenses*, *Alcmeón en Psófide* y *Télefo*. Esto significa que *Alcestis* ocupaba el lugar que, en los certámenes trágicos, correspondía habitualmente al drama satírico. ¿Lo es? La verdad es que no.

Alcestis, como *Helena* o *Ifigenia en Táuride*, es una de esas obras de Eurípides que rompen los esquemas de la tragedia clásica para acercarse a los de un género nuevo que bien podría llamarse tragicomedia, melodrama o comedia sentimental. Su inicio es indudablemente trágico, con las lamentaciones del coro y el Sirviente, a las que luego se suman las de Alcestis y Admeto. Pero luego está la aparición de Hércules, caracterizado como un glotón y bebedor impenitente, aunque luego sea el artífice del final feliz. Su intervención borracho es todo un elogio a apurar al máximo cada instante de la vida y sus placeres: «Alégrate, bebe —le dice al Sirviente—, preocúpate solo de tu vida de cada día, lo demás déjalo en manos de la fortuna. Honra también a la más agradable de las diosas para los mortales, a Cipris [Afrodita], pues es una divinidad benévola. Manda a paseo lo demás y haz caso de mis palabras».

Esa vida tan preciada, Alcestis no ha dudado en sacrificarla. Y Hércules, en su afán por rescatar a la esposa de su amigo, tampoco duda en arriesgarla en una lucha con la mismísima muerte. En cambio, Admeto se comporta de manera impropia de un héroe. Como bien se encarga de recalcar Eurípides, el suyo es un amor egoísta a la vida, un agarrarse a ella vulgar, mezquino y cobarde, y más aún en alguien que dice amar a su esposa. Todo eso se expresa en su desesperada búsqueda de alguien que acepte morir en su lugar, de la que el áspero y desagradable diálogo con su padre Feres es un elocuente testimonio. El odio que Admeto muestra en esta escena es solo comparable al cinismo y frialdad lógica de que hace gala su progenitor: «Yo te he engendrado y te he criado para que seas señor de esta casa, pero no es mi deber morir en tu lugar. No he recibido esta ley de mis padres, ni es costumbre griega», dice. Y concluye: «Tú luchaste a brazo partido, sin pudor, por no morir y vives, habiendo esquivado el destino fijado, después de haber matado a tu esposa. ¿Y me acusas a mí de cobardía, tú, el mayor de los cobardes, derrotado por una mujer que ha muerto por ti? Buena artimaña has hallado para no morir jamás, si logras convencer siempre a la mujer que tengas de que muera por ti». En el fondo, padre e hijo son tal para cual, iguales. Aunque, como canta el coro: «Tales desgracias hay en la casa de Admeto; si hubiese muerto, habría desaparecido, pero, al escapar a la muerte, tiene un dolor que nunca olvidará». Es decir, conserva la vida, pero esta ya no será feliz como antes, sino llena de sufrimiento, dolor y soledad.

LA MOTIVACIÓN DEL AMOR

El prestigio de la tragedia de Eurípides ha eclipsado otras versiones referidas a este mito, sobre todo en época moderna. Muy deudora del trágico griego, cuya obra tradujo, se muestra el italiano Vittorio Alfieri (1749-1803) en su *Alcestis*, con la diferencia de que en ella se incide en las motivaciones que empujan a la mujer a ese sacrificio: el amor y el deber conyugal. Admeto no es tampoco aquí el ser egoísta que es en Eurípides, por lo que desde el primer momento es consciente de que la enfermedad del cuerpo que antes lo atacaba ha sido sustituida ahora por el sufrimiento del alma, que ya no lo abandonará mientras viva. Su dolor es tal que jura dejarse morir de hambre para seguir a su amada.

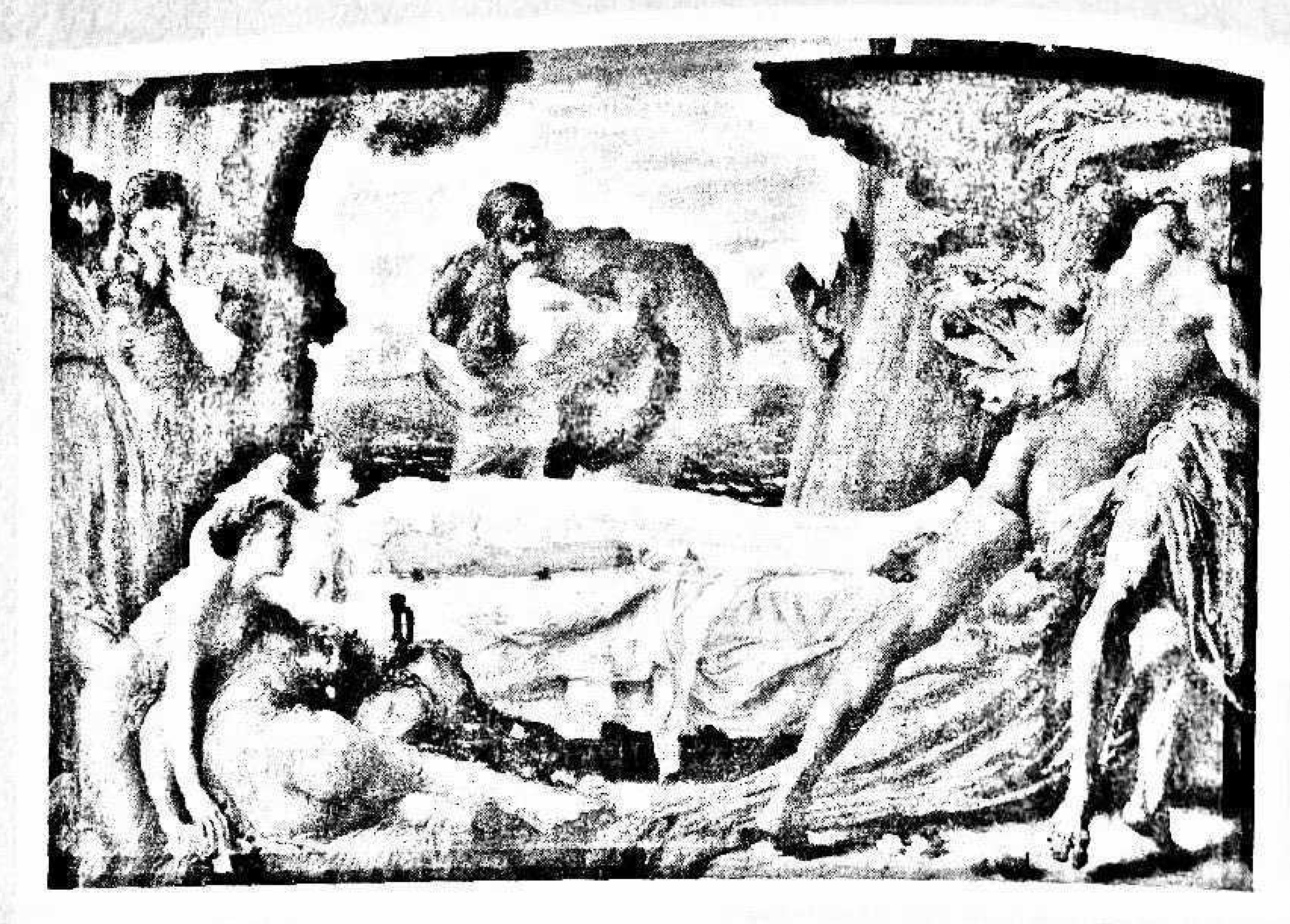
La historia de la abnegada esposa tentó también durante años al español Benito Pérez Galdós (1843-1920), quien finalmente, en 1914, dio su propia versión de ella en *Alceste*. Más que un drama sentimental, es una tragicomedia en clave política que explica la situación de la España de la época, dividida entre los defensores de un orden democrático constitucional y los de un régimen autárquico. Madre protectora y esposa fiel, Alcestis no se sacrifica tanto por deber conyugal como sucede en Eurípides, sino por amor a la patria, por no dejar a esta desprovista de su rey, un Admeto cuyo egoísmo y cobardía se ven así redimidos y que acabará convirtiéndose en un modelo de gobernante justo. Su muerte, pues, supone la redención del reino y la conciliación de sus habitantes, y es por ello por lo que Hércules, transmutado en taumaturgo, la devuelve al mundo de los vivos: «¡Divina mujer, acógete a la vida que te ofrezco; ven a la humanidad que te reclama, que te necesita como ejemplo de inefables virtudes!».

UN SÍMBOLO DE LA RESURRECCIÓN DEL ALMA

En arte, el de Alcestis es un tema ya presente en la pintura de la cerámica griega. Hércules portando ante Hermes a la esposa de Admeto cubierta con un velo aparece en un ánfora de figuras negras del siglo v a. C. encontrada en la localidad italiana de Vulci. En una crátera de figuras rojas datada hacia el 340-330 a. C. y atribuida al Pintor de Alcestis, lo que se muestra es a la mujer abrazada a su esposo. De esa misma época es un tambor de columna esculpido encontrado en el templo de Artemisa en Éfeso, en el que se ve una figura femenina que podría ser Alcestis mientras es conducida por Hermes al inframundo.

Una pintura del siglo iv d. C. encontrada en las catacumbas de Vía Latina, en Roma, resulta particularmente interesante porque muestra cómo los primeros cristianos interpretaban algunas historias de la mitología clásica según la óptica de su religión. Así, la historia de la vuelta a la vida de Alcestis fue vista como un símbolo de la resurrección del creyente cristiano. Y eso precisamente es lo que representa este fresco: después de vencer al can Cerbero que vigila las puertas del inframundo, Hércules, representado con el nimbo y con una iconografía que lo aproxima a Cristo, acompaña a Alcestis hasta el lugar en que se halla Admeto.

Atraídos tanto por sus posibilidades plásticas como por su valor moral y ejemplarizante, los artistas del barroco y el neoclasicismo se acercaron también a este mito. Uno de ellos fue el alemán Johann Heinrich Tischbein el Viejo (1722-1789), quien plasmó en sendas pinturas el momento de la muerte de Alcestis rodeada de su esposo e hijos, y su vuelta al hogar de la mano de Hércules. El academicismo y sentimentalismo de estos lienzos desaparecen en la interpretación dada por el francés Eugène Delacroix (1798-1863), el gran maestro del romanticismo pictórico. Con su característica pincelada nerviosa, en *Hércules y Alcestis* captó justo el momento en que el héroe arranca a la mujer del infierno y se la devuelve sana y salva a Admeto. El también francés Paul Cézanne (1839-1906) huye en cambio de toda violencia para mostrar en su *Alcestis y Hércules* al héroe y la reina de Feras regresando al hogar. Un detalle original es que los pinta de espaldas, como queriendo así evitar toda personalización. El contraste lumínico y cromático de esos cuerpos entre sí (blanco el de ella, de un naranja cálido el de él) y con el oscuro paisaje que los enmarca contribuye a dar más fuerza a la escena. La intemporalidad de esta obra contrasta con la idealización de lo griego que late en *Hércules luchando con la Muerte por el cuerpo de Alcestis*, del británico Frederic Leighton (1830-1896), un lienzo cuyo estilo y estética beben del prerrafaelismo y el simbolismo.





Arriba, Hércules luchando con la Muerte por el cuerpo de Alcestis *(Wadsworth Atheneum Museum of Art, Hatford, Estados Unidos)*, *una pintura de gran formato de Leighton en la que contrasta vivamente el estatismo de las figuras que lloran la desaparición de la reina con la violencia del combate del héroe.*
A la izquierda, Hércules y Alcestis *(colección privada)*, *en la que Delacroix crea una ambientación inequívocamente romántica, entrada al Hades incluida.*

DE LA EMOCIÓN AL PURO ESPECTÁCULO

El amor es el elemento primordial de las interpretaciones musicales que se han hecho del mito de Alcestis. Su sacrificio es obra del amor más puro, aquel que no duda en perder la propia vida para salvar la del amado. La mejor prueba de ello es la ópera *Alcestis* de Christoph Willibald Gluck (1714-1787). En ella cobra peso la desesperación de Admeto ante la magnitud del sacrificio de su esposa, hasta el punto de preferir la muerte para seguirla al Hades a permanecer con vida. Su drama adquiere calor humano gracias a una música que huye de los adornos y excesos de la ópera de su tiempo para basarlo todo en una sencillez puramente clásica y no exenta de solemnidad.

Si en Gluck domina la emoción, en la tragedia lírica *Alcestis*, del francés Jean-Baptiste Lully (1632-1687), lo que prima es el artificio y el espectáculo. La acumulación de personajes y situaciones permite crear cuadros vistosos y pintorescos tanto desde el punto de vista musical como del escénico. Alcides (Hércules) ama aquí a Alcestis, y no es el único, pues otro amante despechado, Licomedes, aprovecha la fiesta de bodas con Admeto para raptarla. En la lucha por liberarla, este es herido de muerte y entonces Alcestis decide sacrificarse por él. El enamorado Hércules parte al infierno a rescatarla, aunque con el propósito de quedársela luego. Solo cuando advierte la pureza y sinceridad del amor que une a ambos esposos acepta su unión, demostrando de este modo que él, el vencedor de monstruos y de los horrores del Hades, sabe también vencer sobre sí mismo. No menos enrevesado es el *Admeto* de Georg Friedrich Händel (1685-1759), cuyo libreto acaba conectando el mito con las comedias barrocas de enredo y celos. Así, cuando Alcestis vuelve a la vida gracias a Hércules, lo primero que hace es disfrazarse de soldado para comprobar con sus propios ojos si su esposo se ha vuelto a casar…

Índice